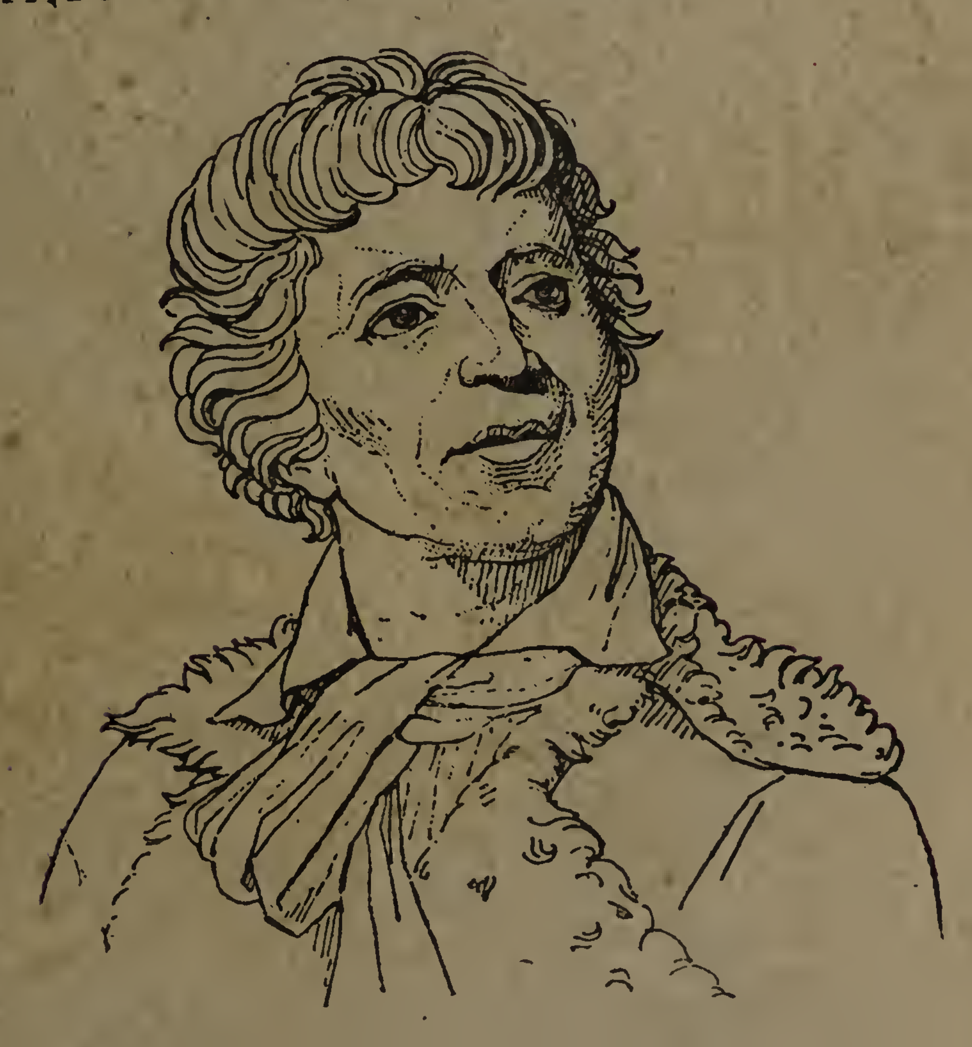
RAFAEL PADILLA

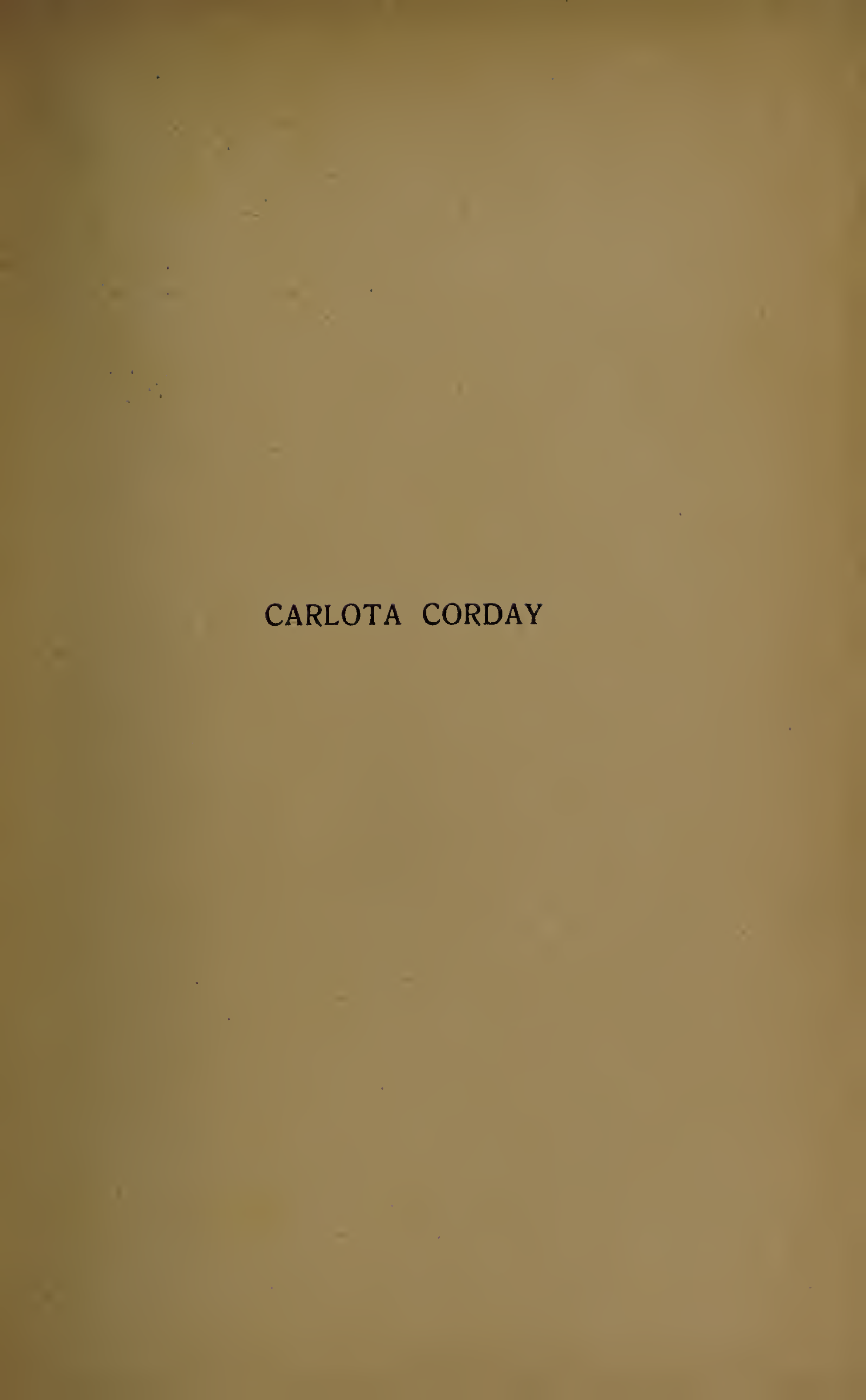


Carlota Corday

PRÓLOGO DE

FRANCISCO VILLAESPESA





CARLOTA CORDAY

OBRAS DE RAFAEL PADILLA

PUBLICADAS

LA PENA CAPITAL (drama).
LEONOR (drama).
ESPAÑA ACTUAL (estudios).
INCÓGNITA (drama con prólogo de Salvador Rueda).
SANGRE ARGENTINA (artículos).
CARLOTA CORDAY (drama en cuatro actos con prólogo de Francisco Villaespesa).

EN PRENSA

ELENA (novela argentina).

EN PREPARACIÓN

ABRAHAM LINCOLN (drama en cuatro actos).
JUSTICIA (drama en cuatro actos).
NAPOLEÓN EN SANTA ELENA (novela).

EN PRENSA

TRADUCCIONES DE CHARLOTTE CORDAY

En francés, por Charles Barthez.

En italiano, por Giuseppe Guerra, Redactor de *Il Giornale d'Italia*, Roma.

RAFAEL PADILLA

CARLOTA CORDAY

Drama en cuatro actos



MADRID
IMPRENTA CASA VIDAL
ATOCHA, 96 Y 98
MCMXI

DEDICATORIA

Piuchina:

Para tí, Princesa mil veces, he escrito mi pobre «Charlotte Corday». Páginas pobres, insignificantes para loar la memoria de la divina heroína normanda, es cierto; pero también lo es de que en ellas puse toda mi alma. Tú, Borbón, Princesa, eres la inspiradora de este himno á la más simpática de las figuras de esa Revolución en que *fué asesinado* un antepasado tuyo: Luis XVI de Borbón. Para tí, Piuchina, es el libro.

RAFAEL PADILLA.

PRÓLOGO

El autor de este bello libro, lector, te es familiar, y ocupa sin duda, un altar preferente en el santuario de tus adoraciones literarias.

Su nombre que suena á viejo hierro castellano, á noble prosapia comunera, está ya consagrado por el triunfo y ungido por la gloria.

Las hojas periódicas de ambos continentes, han deshojado, en su honor, las más frescas rosas del elogio y de la admiración, por su labor pródiga y magnánima, vital y perseverante en pro de los altos y gloriosos destinos de la raza.

España actual y *Sangre Argentina*, libros de entusiasmo y de fervor, han contribuído más eficazmente á la confraternidad hispano-americana que todos esos gárrulos programas de conferencias oficiales. Obras de generosidad y de idealismo, destinadas á fomentar el santo amor entre la vieja madre España y sus jóvenes hijos de allende el Océano, las prósperas y fuertes repúblicas americanas. Su verbo enérgico y viril opone, en un arranque nobilísimo de amor á la raza, un soberano y despectivo mentís á la voraz y terrible sentencia monroeniana.

Labor prócer de pensador curvado, como sobre un mundo, sobre el misterio del porvenir, que fiel á los latidos de la sangre, esparce á manos llenas, sin eufemismos retóricos, con sinceridades de apóstol, la semilla pródiga de sus verdades destinadas á fructificar en aquellas ubérrimas tierras de América y en estas pródigas llanuras de Castilla,

en sementeras inmortales de paz y de amor, de victorias inmarcesibles de la estirpe.

Pero Rafael Padilla no es sólo un fuerte y amplio intelecto, propenso á la investigación sociológica y al árido estudio étnico; es también un maravilloso artista, dominador de todos los mecanismos del idioma, que sabe reflejar con una claridad insólita y una plasticidad inimitable, no sólo los más leves matices del pensamiento, sino la gama infinita y compleja de la emoción más sutil.

Su prosa está exenta de vacilaciones y de ambigüedades. Es clara, rítmica, más que sonora, concisa y casi escultórica.

Las ideas y los sentimientos aparecen más que tallados, plasmados en sus propios bloques, sugestionándonos con la gracia helénica de sus líneas y la claridad latina de la expresión.

Su paleta es sobria, semejante á la de aquellos viejos pintores españoles, anteriores á Velázquez, que supieron expresar con

los elementos más sencillos y con los colores más puros, el espíritu atormentado é inquieto, místico y aventurero, de nuestra raza fanática y dominadora.

Mentalidad protaica la de este gran escritor argentino, capacitada para todo lo que sea bello y bueno, hoy, después de habernos estremecido de orgullo con las páginas incisas y vibrantes como espadas toledanas, de sus dos nobles libros de exaltación, asalta impetuosamente la escena, y nos deslumbra con la intensa belleza de esta su primera obra teatral, que en día no lejano, el público español aclamará en el escenario de uno de nuestros más reputados coliseos.

La figura fascinante de Carlota Corday, una de las más dramáticas heroínas de aquella ciclópea tragedia que se llama la Revolución francesa, se destaca en estas escenas fervorosas y trepidantes de emoción, con el relieve épico de una Judith bíblica.

Y el amor—eterno impulso de la vida—que

le empuja, y le arrastra en un torbellino de fuego, conduciéndola á la realización de su sangriento ensueño vindicativo, le da á la doncella francesa un nuevo aspecto, más interesante, porque es más humano.

Y esta humanización del carácter casi místico de Carlota, es uno de los más grandes aciertos del teatro contemporáneo...

Leed, estas bellas páginas de amor y de muerte, y comprenderéis y admiraréis á una de las más altas personalidades de las letras hispano-americanas.

FRANCISCO VILLAESPESA.

TABLEAU GÉNÉALOGIQUE

MARIE CORNEILLE
sœur cadette de PIERRE CORNEILLE
veuve en premières noces de M. DE GUENEBAULT
épouse en secondes noces

|

JACQUES DE FARCY, trésorier de France, à Alençon

|

MARIE DE FARCY

FRANÇOISE DE FARCY
épouse :
ADRIEN DE CORDAY

|

JACQUES-ADRIEN DE CORDAY
épouse :
MARIE DU BELLEAU
DE LA MOTTE

|

4 fils et 4 filles
Troisiéme fils :
JACQUES-FRANÇOIS DE CORDAY
D'ARMONT
épouse :
CHARLOTE-MARIE-JACQUELINE
DE GAUTIER D'AUTHIEUX

|

CHARLOTTE DE CORDAY
D'ARMONT

PERSONAJES

CARLOTA DE CORDAY D'ARMONT

CONDESA DE PONTÉCOULANT (madre de Doulcet).

ALBERTINA MARAT.

CATALINA (doncella de los Pontécoulant).

PAPILLOT.

FRANCISCO DE CORDAY D'ARMONT.

DOULCET DE PONTÈCOULANT (novio de Carlota).

REVERENDO PATRICIO (pastor protestante).

MISTER PETERS (pastor protestante).

TOURNAY (maire).

LAMARQUE (maestro de escuela).

TIÉRCELIN (jacobino usurero).

JUAN PABLO MARAT.

REPRESENTANTE DE LA ASAMBLEA NACIONAL.

LORENZO BASSE (criado de Marat).

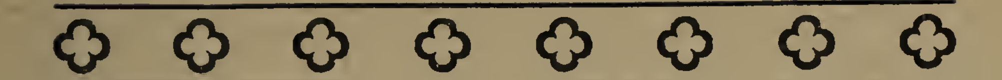
EFRAIN DE POLIGNAC.

SARGENTO TRICOTOT.

GUARDIAS NACIONALES. POPULACHO.

(Los tres primeros actos se desarrollan en la ciudad de Caen en el año nefasto de 1793 y el cuarto en París en el mes de Julio del mismo año).

(Izquierda y derecha las del actor.)



ACTO PRIMERO

Habitación espaciosa, severa y escasamente amueblada, como lo exige la época de la obra. En el fondo, centro, amplia puerta de entrada; y á la izquierda de ésta, una gran ventana con cruceros de vidrios octógonos asegurados con barritas de plomo. En los laterales de izquierda y derecha, puerta practicable que comunica con el interior. Por la puerta del fondo se ve un patio en uno de cuyos ángulos hay una fuente de piedra verdeada de musgo. En el centro de la habitación una gran mesa de macizo roble con algunos libros y papeles. Junto á la puerta de la izquierda y empotrado en la pared un gran armario. Primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA Y FRANCISCO

(Ella sentada junto á la mesa lee atentamente y él pasea de un extremo á otro de la habitación, demostrando hallarse preocupado.)

CARLOTA

(*Cerrando el libro.*) ¡Pero qué terco eres! Habiendo pasado tan mala noche no sé por-

qué no te has quedado en la cama hasta el medio día. Si no te cuidas caerás enfermo, Francisco.

FRANCISCO

(*Deteniéndose.*) No temas llegue ese extremo; no enfermaré. Lo que tengo es que nuestra situación me preocupa, me desespera... Busco medios para conjurar el mal que nos amenaza y no los hallo; esta es la causa de mi desasosiego.

CARLOTA

Cierto que nuestra situación es muy apurada; pero no debes preocuparte tanto...

FRANCISCO

¿Y Tiércelin?

CARLOTA

Pídele una prórroga y mientras tanto... ¡quién sabe!...

FRANCISCO

¿Concibes que mis súplicas puedan ablandar á ese bandido jacobino? Mal conoces al

canalla cuando tal me aconsejas. El plazo expiró ayer y si no se le paga se pondrá furioso y...

CARLOTA

¿Y los de Fresec? Debes verles para que te den algo de lo mucho que te adeudan.

FRANCISCO

¿Para qué? No tienen ni un céntimo, y caso de que no fuese así, no me lo darían. ¿No comprendes que siendo yo un sospechoso y ellos unos ardientes *patriotas* no deben tener contacto conmigo? ¡Hermoso credo político que lo mismo siega cabezas que salda cuentas!

CARLOTA

(*Con tristeza.*) Entonces...

FRANCISCO

Nada, que no veo medio de resolver situación tan apremiante... ¡Y si fuera esto sólo!...

CARLOTA

No me ocultes nada, deseo saberlo todo.

FRANCISCO

Sí, Carlota; es preciso que sepas en toda su extensión nuestra desgracia, mejor dicho, la desgracia horrible é irreparable que en estos instantes se cierne sobre la Francia honrada y noble... Tengo noticias muy graves de París: Marat, el sanguinario, el odioso insaciable pide más víctimas, más sangre, y especialmente la de nuestros diputados es la que mayores ansias despierta en sus entrañas de hiena. Si nuestros hermanos, entre ellos Doulcet, caen en sus manos, no escaparán de la muerte!

CARLOTA

(Desafiadora.) ¡No, no se atreverá á tanto y si algo intentase ya habrá quien haga cesar los latidos de ese corazón que por cada segundo que existe sólo sirve para cortar una vida útil y preciosa!

FRANCISCO

(Con amarga entonación.) No, Carlota, el monstruo beberá hasta la última gota de san-

gre sin que nadie intente arrebatar de sus manos la sangrienta copa...

CARLOTA

(Indignada.) ¡No quiero creer tanta cobardía, no, Francisco; hay en Normandía más de un centenar de brazos esforzados y prontos á caer sobre Marat para aplastarle. Creer otra cosa implicaría ofender el patriotismo y valor de los hijos del Calvados!

FRANCISCO

(*Con desaliento.*) Yo pensaba igual, pero el tiempo transcurre, el tirano mata cada día más, y á pesar de mis esperanzas no surge ese libertador.

CARLOTA

(*Profética.*) Ya llegará ese instante, no desesperes, y si faltase el hombre, ¡ya surgiría una Judith! (*Breve pausa.*) ¿Tardará Doulcet en llegar?

FRANCISCO

No lo creo, pues según me dijo Barbaroux salió hace cuatro días de París.

CARLOTA

Te agradecería preguntases hoy nuevamente.

FRANCISCO

Lo haré esta tarde al ir al antiguo palacio de la Intendencia.

CARLOTA

(*Levantándose.*) Con la conversación nos hemos olvidado del desayuno. Voy á traerlo. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II

FRANCISCO Y DOULCET

FRANCISCO

(*Sentándose.*) ¡Pobre Carlota! Siempre tan animosa y valiente. Hay momentos en que siento verdadero desasosiego al oir el entusiasmo con que expresa sus convicciones y temo que la avasalladora fuerza de ellas llévenla á cometer un acto de heroica y hermosa locura. (*Breve pausa.*)

DOULCET

(*Entrando por la puerta del fondo demostrando gran regocijo.*) Buenos días, ciudadano Francisco. ¡Salve, amigo de Petión!

FRANCISCO

(*Volviéndose apresuradamente y demostrando hallarse agradablemente sorprendido.*) ¡Calla!... ¡Si es Doulcet!... ¡Pasa, pasa! (*Se levanta y abraza con efusión á Doulcet.*)

DOULCET

He venido reventando caballos para tener la satisfacción de dar un abrazo, un estrechísimo abrazo, á los seres que más quiero...

FRANCISCO

Y yo te lo devuelvo con toda mi alma. Pero di, ¿por qué no nos has escrito directamente?

DOULCET

Pensé hacerlo, pero desistí para así poder daros esta sorpresa; sin embargo, Barbaroux sabía mi viaje...

FRANCISCO

Sí, fué él quien me dijo que llegarías muy pronto; pero no me precisó cuándo.

DOULCET

Di Francisco, ¿en dónde está?

FRANCISCO

(*Sonriendo.*) ¿Quién?

DOULCET

(*Impaciente.*) ¿Quién ha de ser? Tu hermana, Carlota...

FRANCISCO

Pensé me preguntarías por mi tía, Madame de Breteville que se ha marchado á pasar un mes en Argentán con mi padre...

DOULCET

Vamos, Francisco, ¿no ves mi impaciencia? Di, ¿se ha marchado también Carlota con Madame de Breteville?

FRANCISCO

(*Riendo.*) No, hombre, no te alarmes. No se ha marchado: ahí dentro la tienes. (*Indi-

cando la puerta por donde marchóse ella.) Preparando el desayuno; y como llegas á tiempo, te convido...

DOULCET

Vamos, respiro... (*Breve pausa.*) Tarde te desayunas. (*Bromeando.*) ¿Son, acaso, estos los hábitos puritanos de un cumplido girondino?

FRANCISCO

En verdad que merezco la reprimenda, puesto que no hace una hora que me levanté.

DOULCET

(*Bromista.*) ¡Señor..., quise decir ciudadano; te levantas tarde y siendo esta una costumbre de aristócrata, no comprendo!...

FRANCISCO

Anoche no pude conciliar el sueño.

DOULCET

¿Estás enfermo?

FRANCISCO

No, no lo estoy.

DOULCET

Me habías alarmado, aunque tu aspecto me tranquiliza más que tus palabras; en fin, con tu permiso. (*Hace ademán de ir en busca de Carlota.*) Voy á verla...

FRANCISCO

(*Deteniéndole.*) Aguarda, ten calma, espera un instante más, yo también deseo dar una sorpresa agradable á mi buena hermana. Ocúltate allí. (*Señalando la puerta de la derecha.*) ¿Vacilas?... ¡Si no es cosa de más de cinco minutos!...

DOULCET

(*Indeciso.*) Pero....

FRANCISCO

Anda, hombre, date prisa...

DOULCET

¿Pero en dónde me oculto?

FRANCISCO

(*Empujándole.*) Allí, hombre, allí... (*Doulcet se oculta en el sitio indicado.*)

ESCENA III

FRANCISCO.—CARLOTA y después DOULCET

(Carlota entra por el lateral izquierda y se dirige hacia el armario para sacar una bandeja, lo cual hace.)

FRANCISCO

¿Pero no traes el desayuno?

CARLOTA

(*Riendo.*) Buena señal es que me lo preguntes.

FRANCISCO

¡Ah! Te advierto que en tu ausencia he convidado á un amigo.

CARLOTA

(*Con extrañeza.*) ¿A un amigo? (*Con vacilación.*) ¿Es Patricio?

FRANCISCO

(*Con desprecio.*) ¿A ese reverendote protestante? ¡No faltaba más!... ¡Bueno fuera que

yo le creyese amigo! ¡Aunque no viniese me importaría poco! (*Con entonación misteriosa.*) Se trata de un verdadero amigo...

CARLOTA

No adivino quién pueda ser. (*Suspirando.*) Dices que un verdadero amigo? ¡Ay! Creo no equivocarme al responderte que aquí tenemos pocas personas que tal podamos llamarles.

FRANCISCO

Vamos, ¿será posible que no lo adivines? ¿Tu corazón no te dice nada?

CARLOTA

(*Emocionada.*) ¿Es Doulcet?... Sí, sí, él es. ¿En dónde está?

FRANCISCO

(*Riendo.*) ¡Caramba, qué doble visualidad!

CARLOTA

(*Dejando la bandeja sobre la mesa.*) Dime, ¿en dónde está?... Dímelo..., no seas así...

FRANCISCO

(*Con lentitud.*) Ha salido..., pero enseguida vendrá.

CARLOTA

(*Con pesar.*) ¿Por qué no me has avisado? ¿Tanta prisa tenía?

DOULCET

(*Entrando precipitadamente.*) ¡Marcharme?... ¿Marcharme sin verte?... ¿Lo has creído?

CARLOTA

(*Avanzando emocionada hacia él.*) ¡Doulcet Doulcet!...

DOULCET

(*Cogiéndola con efusión las manos.*) ¡Aquí estoy Carlota de mi alma!

CARLOTA

No hace mucho que hablábamos de ti; ya nos inquietaba tu tardanza.

DOULCET

No pude venir antes, mi buena Carlota; los asuntos de nuestro partido me retenían en París.

FRANCISCO

Sentémonos y mientras desayunamos podremos hablar de muchas cosas que nos interesan.

CARLOTA

Sí, siéntense, que yo entretanto prepararé el desayuno. Vuelvo enseguida, Doulcet. (*Enviándole una cariñosa mirada hace mutis por la izquierda. Francisco y Doulcet siéntanse junto á la mesa.*)

ESCENA IV

FRANCISCO Y DOULCET

FRANCISCO

En presencia de Carlota no quise preguntarte qué nuevas traes, pues ya sabes cuánto se impresiona oyendo relatar las atrocidades de Marat. Di: ¿hay malas noticias, verdad?

DOULCET

(*Sombrío.*) Malísimas, Francisco.

FRANCISCO

¿Pero no queda alguna esperanza de que el pueblo vea á tiempo el abismo en que lo precipita la perversidad del criminal que aclama y proclama como á su ídolo?

DOULCET

No hay esperanza alguna, Francisco. El populacho soez y pervertido cada día eleva sobre una nueva grada el pedestal de su ídolo. Cuando yo salí, se decía á todo el que quería oirlo, que el monstruo preparábase á dar nueva satisfacción á sus furias y que ya tenía confeccionada una lista detallada de sus víctimas, siendo la Bretaña y Calvados las que aportarían el más alto contingente: ¡trescientas mil víctimas son las que asigna á estas dos regiones el frenético bandido!

FRANCISCO

¡Lo que dices es horrible!

DOULCET

Aguarda, que aún queda un pico: Lyon, dos mil quinientas; Marsella, tres mil, y veintiocho mil, París.

FRANCISCO

¿Pero está confirmado todo lo que dices? ¡Mira que es horroroso!

DOULCET

Desgraciadamente no me queda la menor duda; todo es rigurosamente exacto: Marat está decidido á llevar á cabo esta proeza que obscurecerá las de Nerón. Todo parece conjurado para favorecer los planes del bandido asesino.

FRANCISCO

Los soldados de Wimpfen serán los que arrasen toda esa turba de canallas asesinos. ¿No lo crees tú también?

DOULCET

¡No, Francisco; ese puñado de valientes patriotas no lograrán más que acrecentar la

ira de los asesinos que se encarnizarán en ellos!

FRANCISCO

Tú crees por lo visto que Wimpfen no cuenta con un fuerte ejército; verdad es que en estos momentos no dispone de uno crecido, pero también lo es, el que todos los días esas filas se nutren con el ingreso de nuevos voluntarios, que irán aumentando á medida que se difundan las patrióticas proclamas dirigidas por Louvet á las ciudades y aldeas del Morbihan, de la Mayenne y mil otros sitios.

DOULCET

¡Con toda mi alma desearía que tus pronósticos fuesen la verdad, mas por desgracia, temo que no sea así. En París, Marat y La Montaña, con su omnímodo poder, han llevado las cosas á tal extremo, que el día menos pensado guillotinarán á los diputados girondinos que aún residen en París!

FRANCISCO

¡Es imposible que su audacia llegue á tal extremo!

DOULCET

Me consta que Marat ha tenido largas entrevistas con un tal Amar, su antiguo enemigo, hoy su aliado, el que se ha comprometido á encontrar los medios para lograr dar con todos nosotros en el cadalso. Ya lo ves, querido Francisco, la situación es cada vez más violenta y sólo podrá disipar esas negruras del cielo de nuestra amada Francia la desaparición de ese aborto del infierno que hoy tiene el poder en sus manos. (*Breve pausa.*) En fin, por un segundo olvidèmos este horrible caos y hablemos de nosotros.

FRANCISCO

Como gustes, di.

DOULCET

No es esta la primera vez que voy á hablar de este asunto, Francisco: ya lo hice ha tres meses á tu padre, estando tú presente, y ya recordarás cuál fué su respuesta.

FRANCISCO

¿Te refieres á tu noviazgo con Carlota?

DOULCET

Justamente, á eso... Pues bien: tú sabes perfectamente cuáles han sido siempre mis propósitos: casarme en cuanto los asuntos de París llegasen al extremo que yo preveía; ha llegado el instante en que, sin menoscabo alguno á mi dignidad de patriota, puedo trasponer las fronteras; y, una vez en terreno neutral, seguir combatiendo á nuestros enemigos.

FRANCISCO

¿Entonces tus propósitos son?...

DOULCET

Casarme cuanto antes y en compañía de Carlota, ir á la hospitalaria tierra que más seguridad personal pueda brindarnos.

FRANCISCO

Pero...

DOULCET

Me figuro que tú no verás en mi marcha una deserción á nuestra causa, sino simple-

mente lo que ella significa: evitar que Marat se dé el gusto de ver mi cabeza en manos de maese Sansón. La inmensa mayoría de los diputados girondinos que aún están en París piensan emigrar de un momento á otro. Este proyecto mío es conocido por Petión y Barbaroux, quienes aconséjanme lo verifique en el instante que ellos me indiquen. ¿Qué me dices?

FRANCISCO

Respecto á tus proyectos matrimoniales, te digo, con el corazón en la mano: ¡Doulcet, realízalo como quieres, pues sé cuánto amas á mi buena hermana, lo que ella te corresponde y lo feliz que será uniendo su destino al tuyo!...

DOULCET

(*Abrazándole.*) Mil gracias, mi querido Francisco...

FRANCISCO

En cuanto á tu marcha, aprobada por Barbaroux y Petión, sólo puedo indicarte acates

los consejos de esos dos grandes ciudadanos.

DOULCET

Bien, ya que hemos hablado algo de lo mucho que aún nos resta, si tú lo permites, llamaré á Carlota...

FRANCISCO

Espera un minuto; antes quiero hacerte una prevención.

DOULCET

(*Sorprendido.*) Tú dirás...

FRANCISCO

(*Riendo.*) No te alarmes, la cosa no es para tanto; sólo quería advertirte que á los pocos días de marcharte á París, hace un mes, llegó á Caen un tal Patricio de Gautier d'Authieux...

DOULCET

Si no me equivoco, es tu apellido materno...

FRANCISCO

No te equivocas, lo es; y el tal Patricio lo

usa por haber sido criado por una hermana de mi madre, casada en Strasburgo con un cervecero alemán. Este Patricio, es Pastor protestante y...

DOULCET

(Bromeando.) ¿Y viene á catequizarnos para ganarnos al Luteranismo?

FRANCISCO

El reverendo no abriga tales intenciones...

DOULCET

Entonces...

FRANCISCO

Pues, ha venido con la peregrina ocurrencia de pedir la mano de Carlota, para hacerla reverenda. (*Riendo.*)

DOULCET

(*Sorprendido.*) ¿Eh, qué dices?

FRANCISCO

Lo que oyes: que el ministro de Lutero pretende sin ningún reparo birlarte la dama.

DOULCET

(*Llevando la mano á la espada é irguiéndose colérico.*) ¡Será si esta lo permite!

FRANCISCO

No seas niño; ese acero seguirá tranquilo en su vaina, pues el tal pastorcillo ya ha sido prevenido por mí de que desista de su pretensión.

DOULCET

¿Carlota sabe algo de esto?

FRANCISCO

Nada la he dicho, pero me figuro que algo sospecha.

DOULCET

Yo se lo preguntaré.

FRANCISCO

No, no lo hagas hoy; espera á mañana. Ahora borra ese gesto avinagrado y ríete de las pretensiones del pobre luterano. Voy á llamar á Carlota... Siento que ya viene..., ya está aquí...

ESCENA V

Dichos y CARLOTA

(Carlota entra por la izquierda porteando una bandeja con el desayuno, que deja sobre la mesa.)

CARLOTA

(*Sonriendo á Doulcet.*) He tardado porque, á pesar de mis esfuerzos, el fuego estaba difícil y me costó un verdadero triunfo avivarle.

DOULCET

Haber llamado y hubiéramos acudido en tu ayuda.

FRANCISCO

(*Riendo.*) ¡Llevándote el sagrado fuego de los romanos!

CARLOTA

Bueno, sentémonos, que el desayuno se enfría. (*Se sientan todos alrededor de la mesa.*)

DOULCET

(*A Carlota.*) Tú que eres aficionada á prac-

ticar la ciencia deductiva ¿á que no adivinas lo que estaba hablando con tu hermano?

FRANCISCO

(Sonriendo.) Vamos, Carlota, aprovecha la ocasión de dar á conocer tus cualidades de émula del Conde de Cagliostro... ¡Adivina!

CARLOTA

¡No eres piadoso, Francisco!

DOULCET

(Riendo.) Ciudadana, hoy no hay piedad, ni culto, ni sinceridad, ni patriotismo, á no ser el girondino! No invoques lo que ya pasó de moda; hoy sólo hay Marat ó Montaña, ó Montaña y Marat, Sansón, guillotina, crimen, perversidad...

CARLOTA

(Indignada.) ¡Oh; sí, sí, es verdad! y todo porque no hay un hombre de alma suficientemente templada que ahogue en su propia sangre los aullidos de ese lobo repugnante

que se llama el *amigo del pueblo!* ¡Marat, Marat, guárdete tu aliado el demonio de mi cólera!

FRANCISCO

¡Calma, Carlota, calma!...

DOULCET

¡Ea, no te acalores; ya hablaremos de eso, pero ahora es una cuestión doméstica lo que aquí se ventila, y para ello necesito tu aprobación!

CARLOTA

Si de mí depende cuenta con ella; pero, ¿de qué se trata?

DOULCET

(A Francisco.) ¿Se lo digo?

FRANCISCO

Sí, hombre, no hay inconveniente...

DOULCET

(A Carlota.) Has de saber que tanto tu padre como tu hermano están conformes. *(A Francisco.)* ¿No es así?

FRANCISCO

Así es.

CARLOTA

¿Pero qué misterio es este?

DOULCET

Querida Carlota; se trata de la verificación de un proyecto en el cual baso toda mi felicidad: me refiero á nuestra boda. Tú mejor que nadie conoces la lucha cruenta, sin tregua, que venimos sosteniendo; y como presiento que el rayo tánto tiempo temido va á estallar, quiero apresurar ese instante, para que una vez consumado nada nos importe ya el estallido de la cólera del bandido que tú y todos abominamos.

CARLOTA

(Emocionada.) Pero...

DOULCET

(Suplicante.) Nada de reticencias ni temores, Carlota; sólo me falta tu beneplácito.

CARLOTA

Pero... ¿Y tu madre? ¡Se opondrá! ¡Nuestra posición dista tanto de la tuya!

DOULCET

Nada temas; mi madre accederá á mi deseo. En cuanto á eso de que tu posición no es igual á la mía, no es exacto, pues llevas un apellido ilustre: ¡un Corday d'Armont, es tan noble como un Pontécoulant! ¿Que no tienes dinero? Bien, pero lo tengo yo y así podremos edificar sobre los cimientos de tu cabaña la Ronceraye un palacio digno de ti; desecha pues esas preocupaciones y contesta... ¿Aceptas mi petición?

CARLOTA

(Con júbilo.) Pues bien, sí, ¡con alegría infinita! ¡Si dijera otra cosa mentiría!

FRANCISCO

(Sonriendo.) ¡Que no olviden ustedes que yo estoy aquí!...

DOULCET

(Sin enterarse.) ¡Bendita seas, Carlota mía!

Me haces feliz. Si no ocurren contratiempos ¿será en seguida?

CARLOTA

(*Sonriendo.*) Tengamos un poco de paciencia y esperemos noticias de París: el correo no tardará.

ESCENA VI

(Dichos y TIÉRCELIN, que abriendo con estrépito la puerta del fondo, entra con el sombrero puesto y demostrando en todos sus actos rudeza y falta de trato social.)

TIÉRCELIN

(*Avanzando hasta el centro de la escena.*) ¡Salud, ciudadanos! (*Francisco y su hermana saludan, Doulcet no.*)

FRANCISCO

(*A Tiércelin.*) Sentaos...

DOULCET

(*Aparte á Carlota.*) ¿Quién es este individuo?

CARLOTA

(*Con tristeza.*) Tiércelin: usurero y jacobino.

DOULCET

(*Aparte á Carlota.*) ¡Ah, sí! Ahora recuerdo quién es este bandido; estuvo al servicio de mi padre que se vió obligado á despedirle por ladrón.

FRANCISCO

(*A Tiércelin.*) ¿Qué deseais..., señor Tiércelin?

TIÉRCELIN

(*Dando una fuerte patada contra el suelo.*) ¿Cómo, qué es esto? ¿Me has llamado señor? ¿A mí? ¿Al más puro y único de los patriotas de Caen? ¿Al presidente del Círculo tercero de los Descamisados? ¿A mí con esas lenguadas de aristócratas? ¡Cuidado, ciudadano Francisco! Ya sabes que en Caen á pesar de ser nido de girondinos tiene agencias informativas la *esposa de maese Sansón, madame Guillotina!* (*Doulcet profundamente indignado hace ademán de contestar colérico, pero una mirada de Corlota le detiene.*)

FRANCISCO

(*Sarcástico.*) Sea, ciudadano Tiércelin, perdona mi distracción; olvidé que hablaba con el presidente *descamisado* del Círculo de... de... ¡¡asesinos!!

TIÉRCELIN

(*Furioso.*) ¿Qué dices?.

FRANCISCO

Perdona: fué un lapsus: quise decir jacobinos y confundí con asesinos; pero ya te repito que perdones haya olvidado que hablaba con el presidente de los jacobinos y....

TIERCELIN

(*Contoneándose.*) Y que tomó parte en la gloriosa jornada del 14 de Julio del 89, y que saltó entre los primeros los escombros de la pocilga palacio en que se encerraban los vicios del Capeto y de la inmunda *austriaca Madame Veto.*

FRANCISCO

(*Bruscamente.*) ¡Basta, y di á qué has venido...

TIÉRCELIN

¡Vaya con la preguntita... ¿que... á qué he venido? Ya te lo puedes figurar: ¿á qué ha de ser sino á que me pagues lo que me debes? Saldemos definitivamente nuestras cuentas, pues no quiero tenerlas con girondinos.

FRANCISCO

(Despreciativo.) En este instante me es imposible satisfacer tu demanda; vuelve mañana...

TIÉRCELIN

(Gesticulando furiosamente.) ¡Por vida de los mil demonios! ¿Crees que puedes jugar conmigo? ¡Los tratos son tratos y á cumplirlos tocan! ¡Ya me figuraba que sucedería esto!... Si no puedes pagar, ¿quién demonios te mete á contraer deudas? ¡No conviene ser tramposo, pues hay riesgo de correr la suerte de la *sarnosa* que se pudre en el Temple á causa de ser la primera y más grande tramposa de Francia!!

FRANCISCO

(Indignado.) ¿Acaso te niego yo la deuda?

TIÉRCELIN

Entonces, págame en el acto; si no tienes más que uno no gastes más que eso y no vengas con pamplinas. ¡Buen tonto sería si pasara por tal cosa! ¿Te figuras que yo he reunido mi capital: moneda por moneda, para que luego me digan, muy frescamente, «no puedo pagarte»? ¡A otro perro con ese hueso, que lo que es á mí me pagas ó me cobraré yo!...

FRANCISCO

(Con altanería.) ¿Qué es esto? ¿Qué significan estas amenazas?

CARLOTA

(Suplicante; á Tiércelin.) Ciudadano: ten compasión y espera el tiempo suficiente para que Francisco pueda ir á Argentán y obtener de nuestro padre la cantidad que tú reclamas.

DOULCET

(A Carlota.) Calla, Carlota; no des explicaciones á este tunante. *(Aparte.)* ¿Cómo conseguiría quedarme á solas con este bandido?

TIÉRCELIN

(*Amenazador. A Doulcet.*) ¡Eh, eh, currutaco; muérdete la lengua; yo no pido explicaciones: pero sí lo que se me debe ¡y nada más!

DOULCET

(*Poniéndose de pie.*) Eso no impide que hables con más cortesía y moderación, y tú eres muy poca cosa para atreverte á censurar á nadie; debes principiar por quitarte el sombrero; así lo exige la buena educación, de la que, por lo visto, no has recibido ninguna lección. (*Avanza hasta ponerse junto á Tiércelin.*) ¡Abajo ese sombrero, perro asqueroso! ¡Abajo el sombrero! (*Tiércelin, furioso, intenta arrojarse sobre Doulcet, pero éste, cogiéndole del cuello con una mano, con la otra le arrebata el sombrero, que arroja despreciativamente al suelo.*)

TIÉRCELIN

(*Amenazando con el puño á Doulcet.*) ¡Ya me las pagarás, lechuguino, cobarde! (*Recoge el sombrero, que conserva en la mano.*)

DOULCET

(*Con desprecio.*) ¡Cállate, bergante, y arregla tus asuntos!

TIÉRCELIN

¿Y quién demonios eres tú para tratarme como á una bestia?

DOULCET

(*Con altanería.*) ¡Doulcet de Pontécoulant... ya lo sabes!...

TIÉRCELIN

(*Humillándose servilmente.*) ¿Doulcet de Pontécoulant? ¡Oh, ilustre ciudadano, no sé cómo no os he reconocido! Tuve la satisfacción de ser oficioso de vuestro padre.

DOULCET

¡Fuíste lacayo de mi padre, que tuvo que arrojarte á palos por ladrón!...

TIÉRCELIN

¡Ciudadano!...

DOULCET

Menos palabras y concede el plazo que te piden.

TIÉRCELIN

Lo siento, pero no puedo.

FRANCISCO

(*A Tiércelin.*) ¿No te pagué los dos primeros plazos con puntualidad? Círcunstancias especialísimas me impiden proceder de igual manera ahora con lo que resta: pero te lo abonaré muy pronto, ciudadano Tiércelin...

TIÉRCELIN

No puede ser: necesito dinero hoy mismo. Los *mil* francos que me debes quiero invertirlos en *otro asunto*.

FRANCISCO

(*Desagradablemente sorprendido.*) ¿Has dicho mil francos?

TIÉRCELIN

(*A Francisco.*) Sí, mil francos justos y ca-

bales, y no en asignados, sino en luises: ¡oro, oro; así pactamos!...

FRANCISCO

(*A Tiércelin,*) ¿No me entregaste setecientos francos y te he pagado ya novecientos?

TIÉRCELIN

Cierto es; te di treinta y cinco luises, y por cierto que eran de los últimos acuñados con la efigie del Capeto, pero aún falta lo que he dicho: ¡así quedó estipulado y firmado!

FRANCISCO

¡No puede ser, te equivocas!...

TIÉRCELIN

¿Equivocarme? No, mira los recibos y la copia del contrato: así te convencerás.

FRANCISCO

Sí, quiero convencerme. (*A Doulcet.*) Dispénsame, Doulcet.

DOULCET

Nada; examina tranquilo esos papeles... (*Vase Francisco poı la derecha.*)

ESCENA VII

Dichos menos FRANCISCO.

CARLOTA

(*A Tiércelin.*) Esto no es justo, ciudadano: tenemos derecho á tu consideración.

TIÉRCELIN

(*A Carlota.*) Tu hermano me pidió un préstamo, puse mis condiciones y las aceptó: de lo demás, nada tengo que ver, ciudadana.

CARLOTA

¡Pero si ahora no podemos!..

TIÉRCELIN

Entonces lo reclamaré de otra manera...

CARLOTA

(*Con desdén.*) ¿Amenazas?... Explícate...

DOULCET

(*A Carlota.*) ¡Para qué! Tú, mi Carlota, no entiendes de estos negocios... ¡Ah! ¿Me quieres hacer el favor de darme un poco de agua?

CARLOTA

Con mucho gusto, en seguida. (*Vase por la izquierda.*

ESCENA VIII

Dichos menos CARLOTA

DOULCET

(*Sin hacer ruido se aproxima á Tiércelin; en voz baja.*) Pasa por casa hoy mismo, á las tres; allí te pagaré la deuda de Francisco. Lleva arreglados los papeles.

TIÉRCELIN

(*Receloso.*) ¿Pero quién paga?

DOULCET

(*Amenazador.*) ¡Yo, imbécil! ¿No tienes confianza en mi palabra?

TIÉRCELIN

(*Retrocediendo.*) ¡No he de tenerla!

DOULCET

¿Irás?

TIÉRCELIN

Iré.

DOULCET

¡Ah! Quiero, óyelo bien, *quiero* que Francisco ignore que yo le saco de este compromiso; así que, cuando vuelva, le concedes la prórroga que te pida: luego yo resolveré.

TIÉRCELIN

Está bien. (*Doulcet se aproxima á la mesa, y cogiendo el libro que leía Carlota, le hojea distraído.*)

ESCENA IX

Dichos y CARLOTA

CARLOTA

(*Que entra por la izquierda llevando un vaso con agua.*) Doulcet, toma...

DOULCET

(*A Carlota.*) Dispensa, estaba tan abstraído leyendo tu Biblia que no te sentí entrar. (*Coge el vaso y después de beber se lo devuelve á Carlota.*) Gracias. (*Carlota, sonriendo graciosamente, recoge los restos del desayuno. Doulcet lee en voz alta.*) «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, la cual le había dado el Señor para librar á Israel.» Oye, Carlota: este versículo está subrayado; ¿fuiste tú quién le señaló?

CARLOTA

(*Impresionada.*) Sí, fuí yo...

ESCENA X

Dichos y FRANCISCO que entra por la derecha.

TIÉRCELIN

(*A Francisco.*) ¡Y qué? ¿Te has convencido?

FRANCISCO

(*Consternado.*) ¡Por desgracia!

TIÉRCELIN

(*Gozoso.*) Entonces, ¿me darás el dinero?

FRANCISCO

(*Sombrío.*) ¡No tengo!

CARLOTA

(*Sarcástica; á Tiércelin.*) Cede á nuestro ruego, ciudadano; no se diga que tú, ¡el campeón y defensor del pueblo!, has desoído una súplica y privado del honor, que es la vida, á uno de tus semejantes.

TIÉRCELIN

(*Que no ha comprendido la sátira.*) Lo que me pides es muy duro, ciudadana; un buen patriota debe ser esclavo de su palabra y tratándose de su firma no se diga...

CARLOTA

(*Animándose.*) Sí, sí; concede el plazo y al expirar él, mi hermano pagará...

TIÉRCELIN

¡Demonio con las mujeres! ¡Qué pesadas y

cargantes son! Lo que no logren ellas no hay quien lo consiga. Veamos, ciudadano Francisco: ¿cuándo podrías pagarme caso de que yo accediese á la petición que tú me haces?

FRANCISCO

(*Tras un instante de reflexión.*) En el improrrogable plazo de cinco días te doy mi palabra de honor de que quedará saldada nuestra deuda.

TIÉRCELIN

Larga es la espera, pero ya que no hay más remedio, acepto.

CARLOTA

¡Oh, mil gracias!

TIÉRCELIN

(*A Carlota.*) Reconozco que tú y tu hermano sois buenos muchachos, aunque muy descarriados en materia de patriotismo; pero ya cambiaréis; así pues, como no quiero que

por mí reviente nadie, esperaré los cinco días; pero si transcurren ellos y no se me paga, entonces ya no tendré más contemplaciones.

CARLOTA

Descuida que no llegará ese caso.

FRANCISCO

Te demostraré mi gratitud, ciudadano.

TIÉRCELIN

(*Con aire bonachón.*) Eso es lo que hace falta. Bueno, me marcho.

CARLOTA

¡Felicidad, ciudadano; y mil gracias!

FRANCISCO

¡Adiós, ciudadano Tiércelin, y gracias por el favor que me haces!

TIÉRCELIN

(*Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.*)

Ciudadano Doulcet de Pontécoulant: no olvidéis que si en algo puedo seros útil estoy siempre dispuesto á serviros.

DOULCET

(*Con frialdad.*) Gracias.

TIÉRCELIN

¡Bueno: ciudadanos, abur!...

DOULCET

¡Vete enhoramala, usurero bandido! (*Tiércelin, encogiéndose de hombros, hace mutis por el fondo.*)

ESCENA XI

Dichos menos TIÉRCELIN

FRANCISCO

(*Aparte.*) Es inconcebible un acto de generosidad en Tiércelin; al principio una negativa rotunda y luego... ¡Si Doulcet, en mi ausencia... (*Aparte á Carlota, en voz baja.*) ¿Han

hablado algo Doulcet y Tiércelin cuando yo fuí á buscar los papeles?

CARLOTA

Que yo sepa, no.

DOULCET

(*Aproximándose.*) Estais silenciosos, ¿qué os pasa? Ese pajarraco de mal agüero os ha traído vientos tristes. ¡Animo! Olvidad á ese avechucho; hay tiempo sobrado para poder pagarle; lejos toda sombra de tristeza. (*Carlota mientras habla Doulcet recoge la bandeja y restos del desayuno, yéndose por la izquierda.*)

DOULCET

(*Reparando en la desaparición de Carlota.*) ¿Dónde está tu hermana, Francisco?

FRANCISCO

Seguramente estará ocupada en algunos arreglos, pues hasta que no tiene todo ordenado, no para; trabaja con exceso y por ello la riño muchas veces. (*Aproximándose á la puerta de la izquierda, llama.*) ¡Carlota, Carlota!

CARLOTA

(*Entrando apresuradamente por la izquierda.*) Perdóname Doulcet, si tardé, pero al llegar á la cocina sentí que desde el patio me llamaban; me asomé á la ventana y vi que era mi amiguito Roberto, que me reclamaba un dibujo que le ofrecí.

DOULCET

(*Sonriendo.*) ¿Quién es Roberto?

CARLOTA

Una criatura monísima, hijo de un pobre jornalero que vive en esta misma casa...

DOULCET

Bueno, se va haciendo tarde, me marcho, pues mi pobre madre ya estará impaciente.

CARLOTA

No te marches tan pronto, Doulcet, quédate un rato más.

DOULCET

(*Sonriendo.*) ¿Quieres que me quede?

FRANCISCO

(*Cogiendo á Doulcet de un brazo.*) No, no quiere; viene conmigo; le acompañaré hasta su casa y así charlamos de nuestros asuntos.

DOULCET

(*A Carlota.*) Ya lo ves: me llevan, pero en cuanto pueda haré una escapada y me tendrás aquí.

CARLOTA

(*Sonriendo.*) Bien y que sea muy pronto.

DOULCET

Pierde cuidado; hasta luego. (*Doulcet coge la mano á Carlota y bésasela galantemente.*) (*Doulcet y Francisco salen por la puerta del fondo. Carlota les acompaña hasta el dintel y queda unos momentos viéndoles alejarse; después se dirige hacia el centro y tras un suspiro siéntase y comienza á leer.*)

ESCENA XII

CARLOTA y después PATRICIO

CARLOTA

(*Leyendo en voz alta.*) «Y púsose Judith en pie delante de la cama, y orando con lágrimas, y moviendo apenas los labios, dijo: Dame valor, ¡oh!, Señor, Dios de Israel, y favorece en este trance la empresa de mis manos, para que sea por ti ensalzada, como lo tienes prometido, á tu ciudad de Betulia; y ejecute yo el designio que he formado, contando con tu asistencia para llevarle á cabo. Dicho esto se arrimó al pilar que estaba á la cabecera de la cama de Holofernes, y desató el alfanje que colgaba de él.» (*Cierra el libro violentamente y pónese de pie.*) ¡Valiente y hermosa mujer de Manassés, asísteme; incúlcame tus bríos para poder yo también acabar con el Holofernes de mi Francia; dame la fuerza de tu brazo para que el mío no tiemble y pueda la punta de mi puñal ir recta y certera al corazón de Marat! (*Breve pau-*

sa.) Sí, sí; no veo otra solución. Doulcet caerá en poder de Marat si no desaparece éste; y antes que llegue ese desolador instante, es necesario, indispensable que yo interponga entre las furias de Marat y la vida de Doulcet el abismo insalvable de la muerte; ¡sólo entonces respiraré tranquila! (*Sintiendo ruido de pasos vuélvese hacia la puerta del fondo por la que ve entrar á Patricio. Con disgusto.*) ¿Tú por aquí? ¿Por qué no te has marchado á Colonia como te pedí lo hicieses?

PATRICIO

Te explicaré; pero antes permíteme Carlota te dé los buenos días.

CARLOTA

(*Glacial.*) Gracias.

PATRICIO

No quise marcharme sin antes tener contigo una definitiva entrevista para según ella saber yo á qué atenerme y lo que debo decir á mi madre —tu tía.

CARLOTA

Es incomprensible que no sepas á qué atenerte habiéndote hablado con la franqueza y lealtad que lo hice; y respecto á lo que debas decir á mi tía te quise ahorrar ese trabajo y para ello la escribí ayer; ¡ya lo sabes!...

PATRICIO

(*Con despecho.*) ¿Y tu hermano? ¿Puedo hablarle?

CARLOTA

Ha salido...

PATRICIO

(*Con emoción. Aparte.*) ¡Está sola!... (*A Carlota.*) ¿Tardará?

CARLOTA

Creo que sí.

PATRICIO

¿Ha ido lejos?

CARLOTA

No sé; salió con Doulcet.

PATRICIO

(*Con estupor que procura dominar.*) ¡Cómo?... ¡¡Doulcet!! ¿Doulcet ha estado aquí? ¿Ha venido á verte?

CARLOTA

Sí, nada tiene de particular. ¿No sabes que es mi prometido? No comprendo tu extrañeza...

PATRICIO

(*Nervioso.*) ¡Insensata! ¿Aún sueñas con tal cosa? ¿No comprendes que el hijo de los condes de Pontécoulant es mucho partido para la hija de un triste hidalgüelo arruinado? ¿Estás loca? ¡Deliras!... ¡Como no habías vuelto á decir nada de tan absurdas ilusiones creía las habías desechado!

CARLOTA

(*Con asombro.*) ¿Y por qué esas ilusiones no se han de realizar? Sería dudar de la rectitud de Doulcet sin razón alguna, mucho más habiéndome pedido por esposa. Su deseo es

que la boda se efectúe en plazo breve... ¿Qué te pasa? ¡Estás demudado!... ¡Palideces!...

PATRICIO

(*Excitado.*) Ese matrimonio no puede realizarse: la condesa se opondrá.

CARLOTA

(*Exaltada.*) ¡Se opondrá?... ¿Y por qué?

PATRICIO

¡Pobre Carlota! ¿No comprendes que los aristócratas que se precian de descender de ilustre prosapia se consideran rebajados si contraen alianzas que no les dé brillo á sus blasones y doblones á sus exhaustos bolsillos? Esto suponiendo que Pontécoulant tenga los propósitos que dices... ¡que ya es suponer!

CARLOTA

(*Con enojo.*) Confío en su hidalguía!

PATRICIO

Carlota: mi anhelo es mostrarte la verdad.

CARLOTA

(*Enérgica.*) Tengo fe ciega en Doulcet; su nobleza, no la de alcurnia, sí la del corazón, son para mi prendas más que seguras; además, es valiente y generoso, y sobre todo ¡le amo con toda mi alma!; le amo tanto, que daría por él mil vidas si las tuviera y si las circunstancias lo exigiesen; ¡ya lo sabes!

PATRICIO

Oyeme un instante...

CARLOTA

(*Exaltada.*) Este amor grande y puro ¿crees por ventura que se puede desarraigar, renunciar á él, sólo por oir tus absurdas prevenciones? No, Patricio; como amo yo no se ama más que una vez en la vida.

PATRICIO

(*Trémulo.*) ¿Y si te engaña? ¿Y si trata de sorprender tu cándida ignorancia? Eres muy joven y no conoces los peligros de esta sociedad corrompida; el camino que has em-

prendido, si bien está orlado de flores, á su final en vez del bien que buscas puedes perder hasta el honor, y si te descuidas, ¡hasta á la guillotina puede llevarte tu afán de amar á un hombre que locamente pretende jugar con el poder del omnipotente Marat!

CARLOTA

(*Impaciente.*) ¡Guarda tus consejos para quien te los pida: Yo no los necesito!... ¿A qué tanta insistencia? ¿Pretendes acaso que en mí surja la duda? ¡Es inútil! ¿Qué te propones?

PATRICIO

Llevar á la realidad mis ensueños de niño, ver convertido en hecho real y palpable mis dulces quimeras nacidas en Colonia cuando oía á mi buena Ketty hacer elogios de tu belleza, Carlota; ¡eso es lo que me propongo!...

CARLOTA

(*Con extrañeza.*) No comprendo...

PATRICIO

Sí, Carlota, sí me comprendes, pero en tu

crueldad quieres herirme más aún con esta indíferencia. ¡Sabes lo que quiero decirte; sabes que fuiste tú quien hizo nacer en mi alma virgen los deseos del amor!...

CARLOTA

¿Yo? ¿Estás loco?

PATRICIO

¡No, Carlota, no estoy loco, no; es el rudo despertar de las pasiones haciendo nacer en mi alma un amor tan ardiente...

CARLOTA

(*Con altivez.*) ¿Aún martilleas mis oídos con esas palabras?

PATRICIO

(*Muy excitado.*) ¡Sí, hasta llegar al extremo de condenarme con tal de poseerte!!

CARLOTA

(*Con profundo y digno desprecio.*) ¿Yo pertenecerte? ¡Antes que tal sucediera perdería

mil veces la vida!... ¡¡Te desprecio!! ¡¡Vete!! (*Extendiendo el brazo indica la puerta del fondo.*) ¡Sal de aquí! ¡¡Me eres odioso!!

PATRICIO

(*Gogiéndola violentamente las manos.*) ¡Carlota: haz que cese un tormento tan cruel; sígueme y te haré feliz, te serviré de rodillas, imploraré tu cariño arrastrándome á tus pies, iremos donde tú ordenes, para tí será mi más fervoroso culto, tú serás mi Dios y donde tú alientes mi eterno y deleitoso paraíso!...

CARLOTA

(*Con indignación y tratando de desasirse.*) ¡¡Eso nunca!! ¡Yo tu manceba...? ¡¡Eres tan infame como canalla!! ¡¡Cobarde; me haces daño!!

PATRICIO

(*Con rudeza.*) ¡Más sufro yo! Tus insultos y tus desprecios me atenazan el alma; pero pese á tu resistencia serás mía!!

CARLOTA

(*Forcejeando desesperadamente.*) ¡¡Jamás,

jamás!! ¡Doulcet será mi esposo, óyelo bien, cobarde!

PATRICIO

(*Furioso.*) ¡Yo lo impediré!

CARLOTA

¿Tú?

PATRICIO

¡Sí, yo, óyelo tú también y no lo olvides: yo lo impediré!! (*Zamarreándola imperiosamente.*)

CARLOTA

(*Gritando.*) ¡¡Déjame, miserable!! ¡¡Francisco, socorro!!

PATRICIO

¡Calla, calla!... (*Se oye por la puerta exterior ruido de voces que gradualmente se van acercando.*)

CARLOTA

(*Con gran alegría.*) ¡Ya vienen, ya vienen!

PATRICIO

¡Otro día será! (*Suelta las manos de ella*

con rudeza haciéndola tambalear; amenazador.) ¡Tenlo presente: serás mía, sólo mía... ó de nadie!

CARLOTA

¿Tuya?... ¡¡Nunca!! ¡¡Jamás!!

PATRICIO

(Vase hacia la puerta del fondo y ya en ella vuelve el rostro y amenaza.) ¡¡Tenlo presente: mía!!

TELÓN RÁPIDO





ACTO SEGUNDO

Mansión señorial de la época de Enrique IV: residencia de los condes de Pontécoulant. Amplísima habitación lujosamente amueblada. En los laterales y el fondo puertas practicables. A la izquierda, junto á la puerta una gran mesa tallada que sirve de despacho. En las paredes se ven diseminados artísticamente variados trofeos, armaduras, espadas y floretes.

ESCENA PRIMERA

DOULCET, FRANCISCO y luego un criado.

(Al levantarse el telón ambos se hallan en el centro de la escena con los floretes bajo el brazo y quitándose los guantes de tirar.)

FRANCISCO

¡Estás admirable, Doulcet! ¡Vaya una muñeca la tuya!

DOULCET

No puedo quejarme: el brazo y las piernas marchan á las mil maravillas; me siento fuer-

te y capaz de poder sostener una buena serie de asaltos como el que hemos hecho. ¡Nada, que antes que los lebreles de Marat me claven el diente les clavaré yo el de mi espada! (*Colocan los floretes en la panoplia y dejan sobre una silla los guantes.*)

FRANCISCO

¿Aún no has recibido la carta que esperabas?

DOULCET

No; y por cierto que es extraño que no haya llegado ya, pues Boyer-Fonfrede me anunció la recibiría pocas horas después de mi llegada. (*Aproximándose á la mesa tira del cordón de la campanilla. Breve pausa en la que ambos se enjugan el sudor y arreglan sus ropas. Entra un criado por la puerta del fondo con una bandeja en la que portea una carta. Doulcet la coge apresuradamente leyendo con avidez la cubierta.*) ¿No hay más que esto?

CRIADO

Nada más.

DOULCET

(Rompiendo el sello de la carta.) Bien: retírate. (*Criado hace mutis por la puerta que entró. Doulcet lee en silencio y tras breve pausa la dobla cuidadosamente.*)

FRANCISCO

¿Buenas noticias, Doulcet?

DOULCET

(*Dando pruebas de gran contento.*) Sí, ¡buenísimas! Boyer-Fonfrede me comunica que tiene ya completa la lista de los compañeros que, desdeñando el furor de Marat, están dispuestos á secundarnos en nuestro golpe. Aquí me la envía.

FRANCISCO

¡Mi enhorabuena, querido Doulcet! Y ahora es menester ser sumamente discreto para no malograr inconscientemente el magnífico golpe tan sabiamente preparado.

DOULCET

Descuida, que así lo haré; tanto por con-

vicción como por el cariño que me inspira mi cabeza.

FRANCISCO

Bueno; perdóname me marche, pues tengo precisión de despachar algunos asuntos. Luego nos veremos...

DOULCET

Sea como tú quieres; yo también aprovecharé ese tiempo en escribir algunas cartas urgentes. (*Se estrechan la mano afectuosamente y vase Francisco poi la puerta del fondo.*)

ESCENA II

DOULCET y luego LAMARQUE y TOURNAY.

DOULCET

(*Sentándose á la mesa abre un cajón y oculta la carta en el secreto. Soniiendo iró-nico.*) ¡Si Marat supiese lo que guardo en este cajoncito ignorado!... (*Tournay y Lamarque entran lentamente por la puerta del fondo.*

Doulcet abstraído no les ve hasta que se hallan á un paso de él. Cerrando precipitadamente el cajón y poniéndose de pie.) Ciudadanos: me habéis sorprendido en flagrante delito de *amateur* de piedras raras: estaba admirando una nueva que adquirí en París.

TOURNAY

(*Mirando de reojo á Lamarque.*) Bien, ciudadano diputado; ¡magnífico! ¡Pláceme constatar que no seguís el ejemplo de vuestros compañeros!

DOULCET

(*Con altanería.*) ¿El ejemplo de mis compañeros? No os comprendo, ciudadano *maire*...

TOURNAY

Quise deciros que mientras vuestros compañeros exponen sus cabezas en fantásticas y arriesgadas conspiraciones, vos, obrando más cuerdamente preferís dialogar con vuestras piedras, eh?...

LAMARQUE

Justamente.

DOULCET

¿Eso creéis?

TOURNAY

(*Haciendo un guiño á Lamarque.*) Con los ojos vendados, ciudadano diputado...

DOULCET

(*Aparte.*) ¡Buenos zorros sois los dos! (*A Tournay.*) Bien hacéis en creerlo, pues así es!

TOURNAY

(*Con indiferencia.*) ¿Ese papel que guardasteis es acaso el catálogo de vuestras piedras?

LAMARQUE

Sí, debe serlo, pues está escrito... distinguí algunas letras.

DOULCET

(*Con audacia.*) Los dos estáis equivocados, ciudadanos: ese papel no es ningún catálogo, ó mejor dicho, sí lo es, ¡¡y de una idea magnamente colosal: es el catálogo de unas

piedras que perdurarán en las páginas de la Historia!!

TOURNAY

¡Caramba, qué interesante debe ser!

DOULCET

Ciertamente, pero nada os interesa á vosotros...

LAMARQUE

(*Con despecho é ironía á la vez.*) Ciertamente: pero olvidáis que el ciudadano Tournay, buen *maire* y fiel intérprete de los preceptos de su cargo es sumamente curioso y más en esta época en que la desconfianza es una verdadera característica de repúblico acrisolado...

DOULCET

(*Con altanería.*) ¿Y qué?

TOURNAY

(*Sonriendo malignamente.*) No hagáis caso de las impertinencias de este pobre Lamar-

que que está inaguantable desde que cultiva la amistad del rumboso mister Peters...

DOULCET

No conozco al tal mister Peters.

LAMARQUE

¿Que no conocéis al insigne mister Peters, al benefactor más grande de la humanidad, el ínclito entre los ínclitos?...

DOULCET

No conozco á ese portentoso mister Peters por más adjetivos que le endilguéis...

TOURNAY

Yo os diré, ciudadano Pontécoulant, quien es el tal mister Peters, puesto que justamente con él se relaciona la visita que os hacemos. ¿Lo permitís?

DOULCET

Hablad.

TOURNAY

Mister Peters es el inspector general de

una sociedad recientemente fundada en Southampon con el fin de divulgar el conocimiento de la Biblia. Es una corporación que cuenta con gran capital y que se presenta bajo los más laudables propósitos. Mister Peters y su secretario—el reverendo Patricio—han llegado á Caen con el deseo de fundar aquí un centro que responda á sus ideales y para ello desean contar con el apoyo de todos los ciudadanos prestigiosos de Caen...

DOULCET

(*Con soma.*) ¿Y piden que esos ciudadanos prestigiosos les *prestigien* con sus bolsillos?...

TOURNAY

No, no; no piden dinero, todo lo contrario: son ellos quienes lo dan; me han concedido un fuerte donativo en metálico para los pobres de mi *arrondesiment.*

LAMARQUE

Y en obsequio mío ha creado un premio de doscientos cincuenta francos y dos de á

cien para los alumnos que más se distingan en los exámenes.

DOULCET

Mis felicitaciones por las liberalidades del mister Peters...

LAMARQUE

Pronto podréis conocerle, ciudadano diputado...

DOULCET

Iré á la *mairie* para que me lo presentéis...

TOURNAY

Ahora mismo podréis satisfacer vuestro deseo, pues está en estos instantes cumplimentando á vuestra madre...

DOULCET

(*Sorprendido.*) ¿A mi madre?

TOURNAY

Sí, mister Peters viene recomendado á ma-

dame dc Pontécoulant por un pariente vuestro; pero aquí le tenéis ya: oigo la voz de mister Peters...

ESCENA III

Díchos, la CONDESA, mister PETERS y el reverendo PATRICIO. Los tres últimos entran por la puerta del fondo.

CONDESA

(*A Doulcet.*) Hijo mío, aun con temor de interrumpirte me permito venir para...

DOULCET

(*Besando á su madre en la fiente.*) ¿Interrumpirme tú? ¡Nunca! Siempre es oportuna tu llegada.

CONDESA

(*Sonriendo cariñosamente á su hijo. Haciendo la piesentación.*) Mister Peters miembro de la «Propaganda Bíblica»; y su secretario el reverendo Patricio, ambos recomendados y amigos de nuestro pariente Plessís

me manifestaban sus deseos de conocerte y por eso es que...

DOULCET

Bien hecho, madre, pues esta ocasión me proporciona á mi vez el gusto de trabar relaciones con personas cuya fama de abnegados y caritativos ya me era conocida por referencias de estos dos ciudadanos. (*Indicando á Tournay y Lamarque. Peters y Patricio saludan ceremoniosamente. Doulcet y Patricio cambian una mirada de mil encontradas expresiones.*)

Mr. PETERS

Tengo una verdadera satisfacción en conoceros, ciudadano, pues vuestra fama de orador y de patriota me era familiar...

DOULCET

Tenéis una pronunciación tan correcta, ciudadano Peters, que á no saber vuestra nacionalidad os hubiera tomado por un normando. ¿Habéis pasado alguna temporada entre nosotros?

Mr. PETERS

Sí, ciudadano diputado: los primeros años de mi infancia los pasé en una aldea de esta hermosa y valiente Normandía; así os expliréis la razón de cómo á pesar de ser inglés hablo con tan marcada pronunciación normanda. (*A una invitación de la Condesa todos se sientan.*)

ESCENA IV

Dichos y CATALINA
que entra por la puerta del fondo.

CATALINA

(*A Doulcet.*) Señor...

LAMARQUE

(*A Catalina.*) ¡Eh, ciudadana, ¿qué significa ese calificativo?

CATALINA

(*Amedrentada.*) Perdonad, señor ciudadano...

LAMARQUE

(*Grosero.*) ¡Eh, eh, no rectifiques!...

DOULCET

(*A Lamarque.*) Ciudadano: ¿Querrías deponer, momentáneamente, tu celo *patriotero* y dejar que hable esta buena muchacha? (*A Catalina.*) Habla, dí, qué quieres?

CATALINA

(*Haciendo un mohín de temor.*) Pues venía á decir que Rolando antes de marcharse me dijo que preguntase si los señores...

LAMARQUE

(*Interrumpiendo.*) ¡Eh, jovencita; ¿insistes en tu tontería?

DOULCET

(*Molestado.*) Ciudadano Lamarque: modera tu furor repúblico-hidrófobo y deja que cada cual se exprese como pueda: ¡y no olvides que hablas delante de gentes educadas!

TOURNAY

(Aparte á Lamarque.) Cállate, toleremos por ahora.

DOULCET

(A Catalina.) Habla, Catalina...

CATALINA

Rolando dice si hay que entregar alguna carta...

DOULCET

(Levantándose.) Sí; en mi dormitorio dejé dos: yo se las entregaré porque tengo que hacerle algunas indicaciones para qne se pase por casa de Johanatás y me adquiera un ejemplar de «Las bodas de Fígaro» por Beaumarhais. Con permiso, ciudadanos; regreso en seguida...

Mr. PETERS

Sois dueño, ciudadano. *(Doulcet vase poi a puerta de la derecha y Catalina por la del fondo. A la Condesa.)* Veo, ciudadana que los elogios que me hicieron de vuestro hijo

son muy merecidos. ¡Es un hombre de simpatías verdaderamente irresistibles!

CONDESA

Muchas gracias, ciudadano.

DOULCET

(*Entrando por la misma puerta que se marchó.*) Ya estoy aquí.

TOURNAY

(*Sarcástico.*) No habéis tardado, no.

LAMARQUE

¡Los políticos enamorados son modelos de rapidez!

DOULCET

No os comprendo, ciudadano...

LAMARQUE

¡Pues no puede estar más claro! Habéis sido rápido en despachar esas cartas, porque seguramente ellas no iban destinadas á

la dueña de vuestro pensamiento (*con intención*); más claro aún; que no eran para la hermosa Carlota de Corday d'Armont, vuestra prometida, verdad? (*Patricio se revuelve en su asiento poseído de extrema nerviosidad.*)

CONDESA

(*Con frialdad.*) Estáis equivocado, ciudadano Lamarque: mi hijo nada tiene que ver con esa joven que habéis nombrado.

DOULCET

(*A su madre:*) Perdóname madre: el ciudadano Lamarque, siempre inoportuno (*Lamarque hace ademán de protestar pero Doulcet le impone silencio con un gesto*) ha dejado de serlo en este instante, pues me facilita y brinda la oportunidad de poder haceros presente una revelación: Lamarque ha dicho la verdad: Carlota de Corday d'Armont es mi prometida y será mi esposa muy pronto. (*Patricio quiere levantarse pero Peters con disimulo le detiene.*)

CONDESA

(*Afligida.*) Pero aún pretendes...

DOULCET

(Con firmeza.) Sí, lo pretendo, ahora y siempre; como lo harás tú también, madre, cuando te convenzas que sólo así será feliz tu hijo.

CONDESA

¿Y si yo me opusiera?

DOULCET

(*Con respetuosa firmeza.*) Madre mía, pretendes ejercer una limitación que el corazón humano no acepta: amo á Carlota y con ella me casaré pese á quien pese y ocurra lo que ocurra...

CONDESA

Es decir, que si yo me opusiera...

DOULCET

Tendré un verdadero pesar en ir contra tus deseos, madre mía, pero Carlota será mi esposa, no habiendo (*Mirando á Patricio que se estremece*) fuerza humana que logre impedirlo.

CONDESA

(*Con pesar.*) Quiera el cielo que no tengas que arrepentirte de tu ceguera, Doulcet; soy tu madre y como tal debo darte consejos que disipen la venda que ciega tus ojos: ve claro, hijo mío y escucha la razón y la prudencia que por mi boca te hablan; medita acerca del paso que intentas.

DOULCET

Es inútil: mi decisión es irrevocable. Hablemos de otra cosa; ciudadano Lamarque, ¿qué opinión tenéis formada del nuevo plan educativo que propone Saint-Just en su último artículo de «El amigo del pueblo»?

LAMARQUE

Mi opinión es que el tal Saint-Just es un utópico que no sirve para otra cosa más que para inventar mil combinaciones de corbatas; y ¡nada más!

DOULCET

Hombre, os pido opinión sobre la tesis que él sustenta en su razonado artículo y no

sobre su persona, que la conozco mejor que lo que os podáis figurar.

CONDESA

(*Poniéndose de pie y enjugándose la frente.*) Doulcet: ¿quieres acompañarme hasta mi cuarto? Me siento algo indispuesta...

DOULCET

(*Acudiendo solícito y dando el brazo á su madre.*) ¿Te sientes mal?

CONDESA

No, no es nada: pasará pronto... (*Todos se levantan y aproxímanse á ella haciendo demostraciones de interés.*)

Mr. PETERS

Ciudadana: si en algo podemos seros útiles, mandad, y en ello nos complaceréis.

CONDESA

(*Bondadosamente.*) Mil gracias, ciudadano; disculpadme unos minutos y en cuanto me sienta bien volveré...

TOURNAY

(*A la Condesa.*) El ciudadano Peters interpretó nuestros sentimientos: cuidáos y no tengáis reparo en dejarnos... (*Condesa sonriendo tristemente saluda y vase por la puerta derecha apoyada en el brazo de su hijo.*)

ESCENA V

Dichos menos la CONDESA y DOULCET

Tournay y Lamarqne aproximándose á la ventana simulan hablar muy animadamente.

PATRICIO

(*Aparte á Pèters.*) Me explicaréis al fin por arte de qué mago resulta que venimos á esta casa recomendados por ese tal Plessís que ni sé quién es, ni...

Mr. PETERS

Ese Plessís le conozco yo tanto como puedas conocerle tú.

PATRICIO

(*Sorprendido.*) Entonces su carta de presentación es una...

Mr. PETERS

Una superchería muy laudable. Esa carta la escribí yo mismo, redactándola en términos altamente encomiásticos para mi persona. El tal Plessís dice en mi carta á la cándida Condesa de Pontécoulant que puede recibirme y tratarme con grandes miramientos, pues soy persona de ilustre cuna y de grandes aficiones artísticas. En mi primera entrevista con la Condesa y pretextando mis aficiones de *amateur*, la pedí me enseñase los salones, muebles y cuadros de esta hermosa casa. La incauta cayó en el lazo sin sospechar ni remotamente mi verdadero propósito. Visitamos todas las dependencias, y al llegar á esta habitación, que me indicó era la de su hijo, llamó mi atención esta magnífica mesa; me dijo era en la que trabajaba Doulcet: era lo que yo deseaba averiguar: me aproximé, y con el pretexto de examinarla, pasé la mano por las molduras y en un descuido apliqué rápidamente en la cerradura del cajón un pedazo de cera que llevaba á propósito: así saqué el molde de esta

llave. (*Saca del bolsillo una llave que enseña á su interlocutor.*) Hoy he recibido instrucciones de Marat en las que me dice que Pontécoulant debe tener en su poder cierta lista interesantísima...

PATRICIO

¿Y sospecháis esté esa lista en el cajón de la mesa?

Mr. PETERS

Firmísimamente creo está, pero no en el cajón, sino dentro de un secreto del mismo.

PATRICIO

¿Y quién os ha revelado la existencia del secreto?

Mr. PETERS

La misma condesa, que al ver el interés con que yo examinaba la mesa quiso realzar su mérito diciéndome la existencia del secreto, que vamos á comprobar ahora mismo. (*Se acercan á la mesa.*) Esos dos imbéciles (*indicando á Lamarque y Tournay*) están embobados en sus disparatadas quimeras; sueñan y

no pueden vernos ni oirnos... (*Aplicando la llave abre el cajón y saca unos legajos de cartas*). Esto no tiene importancia: son cartas de amor. (*Déjalas caer en el cajón.*)

PATRICIO

(*Inclinándose á ver la letra.*) ¡¡Cartas de Carlota!! ¡¡Maldito!! (*Todo dicho aparte.*)

Mr. PETERS

(*Sacando la carta que antes guardó Doulcet.*) En cambio este papelucho de aspecto tan insignificante es suficiente para hacer guillotinar á este insensato y á sus amigos.

PATRICIO

¿Llevaremos este papel?

Mr. PETERS

De ninguna manera; quedará aqui...

PATRICIO

Pontécoulant puede hacerlo desaparecer.

Mr. PETERS

No tendrá tiempo, pues dentro de algunos

minutos vendrá aquí el Representante de la Asamblea á practicar un registro. (*Volviendo bruscamente la cabeza á la derecha.*) ¿No has oído ruido detrás de esa puerta?

PATRICIO

(*Que aprovechando el instante en que el otro vuelve la cabeza ha cogido con gran rapidez la carta escondiéndola en uno de sus bolsillos.*) No, no he oído nada...

Mr. PETERS

(*Que no ha advertido la maniobra de su secretario cierra con apresuramiento el cajón.*) Seamos prudentes; voy á cerciorarme. (*Con cautela y procurando que sus pasos no se oigan vase por la puerta de la derecha.*)

PATRICIO

(*Aproximándose á Lamarque y Tournay.*) Cíudadano *maire*: por lo visto has olvidado que dentro de veinte minutos debes estar presidiendo la sesión en que se tratará sobre la negativa del abate Sáenz de Trouville á prestar el juramento á la Constitución...

TOURNAY

Dices verdad, ciudadano; me había olvidado. Ahora mismo voy. (*A Lamarque.*) ¿Quieres acompañarme, Lamarque? y así podré mostrarte las pruebas en que sustento la teoría que te explicaba.

LAMARQUE

Vamos...

TOURNAY

(*A Patricio.*) ¿Asistiréis á la sesión?

PATRICIO

Sí, iré; guardadme sitio en la tribuna.

LAMARQUE

Os agradeceríamos saludárais al ciudadano Peters...

PATRICIO

(*Con desprecio.*) Bien; marchad... (*Tournay y Lamarque se miran perplejos y salen por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI

PATRICIO, Mr. PETERS

y luego la CONDESA y DOULCET

PATRICIO

(A Peters que entra por la puerta que salió.) ¿Y qué: había alguien?

Mr. PETERS

Felizmente nadie.

PATRICIO

(Afectando indiferencia.) Si el representante no encuentra el papel no puede hacer nada, verdad?

PETERS

Según y conforme: siguiendo los pasos normales de la legalidad no podría hacer nada en el caso que tú dices; pero como aquí habrá de todo menos legalidad, bastará al Representante saber que esta detención es una orden de Marat para que la ejecute inmediatamente. Pero no temas que el papel

desaparezca: no; está bien seguro; y como el Representante no puede tardar en venir á practicar el registro, conviene que nos alejemos de esta casa.

PATRICIO

No podemos marcharnos sin despedirnos de sus dueños: causaría extrañeza nuestra salida, ¡que bien pudiera llamarse fuga!

Mr. PETERS

(Escuchando.) Así lo haremos... Ya vienen. *(Entran la Condesa y Doulcet.)*

DOULCET

(Mirando á su alrededor.) No veo á nuestro *maire* ni al maestro.

PATRICIO

(A la Condesa.) Se marcharon porque tenían que hacer; y me encargaron los despidiese...

CONDESA

Lo siento, pues hubiera deseado que en

vuestra compañía nos acompañasen á beber una copita de Tokay.

DOULCET

(Irónico.) Vino aristocratizado, pero de incomparables bondades para el paladar. (*A Patricio y Peters.*) ¿Gustáis pasar al comedor?

Mr. PETERS

Muchas gracias, ciudadano Pontécoulant; no podemos detenernos: nos retiramos...

CONDESA

¿Tan pronto?

Mr. PETERS

Con sentimiento de no poder prolongar tan agradable compañía: Nuestros deberes así lo exigen. (*Con intención.*) Pero volveremos en cuanto haya pasado el *motivo* que nos obliga á marchar. (*Se despiden ceremoniosamente y vanse por la puerta del fondo. Patricio mira de soslayo á Doulcet, que le mira con noble altivez.*)

ESCENA VII

CONDESA, DOULCET y CATALINA.

CATALINA

(*Entrando atropelladamente por la puerta del fondo.*) ¡Qué desgracia, *Señora ciudadana Condesa!*

DOULCET

(*Con amabilidad.*) Vamos: déjate de tratamientos que te hacen disparatar y habla como tengas costumbre.

CATALINA

(*Temerosa.*) ¿No me castigará el ciudadano Lamarque?

DOULCET

No, ya se marchó; habla.

CATALINA

No, no se marchó, está aquí. (*Indicando hacia el fondo.*)

DOULCET

¿Qué dices?

CATALINA

Que el *maire*, Lamarque y otro señor de aspecto serio y arrogante desean ver en el acto á la señora Condesa y al señor... ¡Ah! Y con ellos está el sargento Tricotot y seis gurdias nacionales!

DOULCET

(*Inquieto. Aparte.*) ¿Qué buscarán?

CONDESA

(*Alarmada.*) ¿Y qué quieren esos hombres?

CATALINA

No lo sé, señora, pero traen cara de pocos amigos; á mí casi me pegan porque les dije que corría á avisar á mis señores.

DOULCET

(A Catalina.) Diles que pasen. *(Catalina vase tímidamente por la puerta del fondo.)*

ESCENA VIII

CONDESA, DOULCET y luego TOURNAY, REPRESENTANTE, LAMARQUE, SARGENTO TRICOTOT y seis guardias nacionales.

CONDESA

(Sobresaltada.) Doulcet: qué te pasa, tienes algo?

DOULCET

Absolutamente nada, madre; me duele un poco la cabeza...

CONDESA

No, no es eso; ¡por Dios dime lo que te pasa!

DOULCET

¡Calla! ¿No oyes? Ya están aquí... *(Se oyen pasos recios y voces.)*

REPRESENTANTE

(Llamando reciamente en la puerta.) ¡En nombre de la República!

DOULCET

(Imperativo.) Entrad! *(Tournay, Lamarque,*

el Representante, Tricotot y los guardias nacionales entran por la puerta del fondo.)

TOURNAY

(*A la Condesa.*) Ciudadana: mucho lamento venir á daros un disgusto.

DOULCET

(*A Tournay.*) Ciudadano: ¿desde cuándo usáis guardias de corps para hacer visitas?

CONDESA

(*Aparte á Doulcet,*) ¡Por piedad, hijo mío!

TOURNAY

(*A Doulcet.*) Vengo á cumplir un mandato de la Asamblea Nacional, que me transmitió este ciudadano. (*Indicando al Representante.*)

DOULCET

(*Al Representante.*) ¿Y qué objeto tiene ese mandato?

REPRESENTANTE

(*Con sequedad.*) Acatar incontinenti una orden del poder constitucional; y noto, ciu-

dadano Doulcet de Pontécoulant, que os irrogáis funciones de juez: me interrogáis y soy yo quien debe hacerlo. Vengo á practicar un registro en esta casa...

CONDESA

(*Con altivez.*) Ciudadano: en mi casa no se oculta ningún criminal; de modo que creo innecesario el registro.

REPRESENTANTE

(*Con brusquedad no exenta de cierta galantería.*) Ciudadana: es muy enojosa la misión que me trae aquí y soy el primero en lamentarlo; pero como buen patriota, me veo en la precisión de cumplir órdenes terminantes que poseo. Además, no se busca ningún criminal, pero sí cierto *papel* que se *supone*, fundada ó infundadamente, se encuentra en esta casa.

DOULCET

(*Aparte, inquieto.*) ¿Nos habrán hecho traición? ¡Quién sabe! (*Con serenidad, dirigiéndose á la Condesa.*) Madre: este ciudadano

viene en cumplimiento de su deber y hay que resignarse.

REPRESENTANTE

Ciudadano Doulcet de Pontécoulant, servíos entregarme vuestras llaves...

DOULCET

(Entregando las llaves al Representante.) Ahí las tenéis. Pero ante todo desearía saber qué papel buscáis.

CONDESA

Sí, ciudadano: decid qué documento buscáis y si lo tenemos se entregará sin necesidad de registro.

REPRESENTANTE

(Con ironía.) Ciudadana: dudo que vuestro hijo piense de igual manera; no se conspira para entregar tan mansamente el fruto de esas conspiraciones!

CONDESA

(Al Representante.) Venís equivocado, ciu-

dadano; mi hijo conspirar? ¡La única conspiración que él trama es la de casarse!

REPRESENTANTE

(*Con imperio á Tournay é indicando á Lamarque.)* Ciudadano *maire:* ¿quién es este joven y á qué ha venido con nosotros?

TOURNAY

(*Al Representante.*) Es el ciudadano Lamarque, maestro de escuela y ardiente patriota.

REPRESENTANTE

(*A Lamarque.*) Nada tenéis que hacer aquí, ciudadano: ¡marcháos!

LAMARQUE

(*Con petulancia.*) Ciudadano representantante: estoy en mi derecho al permanecer aquí, pues desempeño las funciones de escribiente municipal.

REPRESENTANTE

(*Con voz irritada.)* ¡Salid en el acto, inmediatamente! (*Dirigiéndose al sargento.*) Sacad

á este ciudadano y quedáos con los ciudadanos nacionales guardando la entrada de la casa, no permitiendo salir ni entrar á nadie.

SARGENTO

(*Saludando militarmente.*) Bien, ciudadano Representante. (*A Lamarque.*) Tú, ciudadano, en marcha. (*Lamarque intenta resistirse, pero entre el sargento y los nacionales le hacen salir á empellones.*)

ESCENA IX

Dichos menos LAMARQUE, SARGENTO y guardias nacionales.

REPRESENTANTE

(*A Doulcet.*) ¿Negáis que ese documento se encuentra en vuestro poder?

DOULCET

Sí, lo niego.

REPRESENTANTE

En ese caso me veo en la triste precisión de seguir adelante.

DOULCET

Como gustéis.

TOURNAY

(*Al Representante.*) ¿Por dónde empezamos?

DOULCET

(*A Tournay.*) Por cualquier lado, es igual: podéis entrar á esas habitaciones. (*Indieándolas.*)

REPRESENTANTE

(*Irónico.*) Ya que estamos en esta, empezaremos por aquí. ¿Cuáles son las llaves de esta mesa?

DOULCET

(*Entregándoselas.*) Estas.

REPRESENTANTE

Veamos. (*Seguido de Tournay se aproxima á la mesa y abriendo los cajones examina su contenido.*)

DOULCET

(*Aparte, con desesperación.*) ¿Quién será el canalla que nos ha vendido?

REPRESENTANTE

(*A Doulcet.*) Nada hay en estos cajones, al menos en los visibles. (*Con lentitud.*) Decid, ciudadano Pontécoulant: ¿hay aquí algún cajón secreto?

DOULCET

(*Con entereza.*) Que yo sepa, no!

REPRESENTANTE

(*A la Condesa.*) ¿Aseguráis lo mismo, ciudadana?

CONDESA

(*Al Representante.*) Naturalmente.

REPRESENTANTE

(*Enigmático.*) Veremos.

DOULCET

(*Aparte.*) ¿Conocerá el secreto? No, no es posible.

REPRESENTANTE

(*Simulando que inspecciona con detención el mueble hace jugar el resorte; saca el cajón*

y volviéndose hacia la Condesa y Doulcet les dice con tono seco y severo.) Ambos me habéis engañado.

DOULCET

(*Aparte.*) ¡Estoy perdido! ¡Y si fuera solo!

CONDESA

(*Acercándose á Doulcet, en voz baja.*) ¡Hijo mío, ten valor!

REPRESENTANTE

(*Examinando el contenido del cajón. Aparte.*) Cartas de amor; un retrato de mujer, pero... ¿y el documento? Y sin embargo, he seguido fielmente las instrucciones... (*A Doulcet.*) Ciudadano: habéis faltado á la verdad al decirme que no había ningún secreto en este mueble!

CONDESA

Como se trata de asuntos tan íntimos de mi hijo no es de extrañar que ocultáramos la existencia del secreto, porque creo que las cartas de amor no interesan más que á quien

van dirigidas. ¿Habéis encontrado el dichoso papel que con tanto afán buscáis?

REPRESENTANTE

No, ciudadana; ¿tiene esta mesa algún otro secreto?

CONDESA

Si niego no lo creeréis; así que más vale que os convenzáis por vuestros ojos. (*Representante sigue examinando la mesa.*)

DOULCET

(*Aparte, con estupor.*) ¿Será posible? Hoy pierdo el juicío! No está la lista y no hace mucho la escondí!...

TOURNAY

(*Al Representante.*) Os han engañado, ciudadano; ya véis que no hay nada.

REPRESENTANTE

(*Sin responder á Tournay coge las llaves, separa alguna de ellas y dirigiéndose á Doulcet.*) Estas llaves ¿á qué muebles corresponden?

DOULCET

A los que están en esa habitación. (*Indicando la alcoba de la derecha.*)

REPRESENTANTE

Voy á examinarlos.

CONDESA

(*Al Representante.*) Ciudadano: antes concededme un favor.

REPRESENTANTE

Hablad ciudadana: y si en lo que pidáis no hay lesión para mi deber, os lo concederé.

CONDESA

Gracias. Desearía que este registro tan depresivo para nosotros terminase lo antes posible.

REPRESENTANTE

Procuraré complaceros, ciudadana. (*El Representante y Tournay salen por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X

LA CONDESA y DOULCET
y al final el REPRESENTANTE y TOURNAY

DOULCET

(*Aproximándose á la Condesa y en voz baja.*) Madre mía: perdóname si mis palabras hieren tu delicadeza; pero la situación es muy crítica para mí. Efectivamente, yo poseía un documento importantísimo que ocultaba en ese cajón y ese documento, que no hace mucho estaba en su sitio y que ahora no está ¿quién lo ha sacado? Dime: ¿has sido tú?

CONDESA

(*Con asombro.*) ¿Yo?... ¿Como iba á permitírme...

DOULCET

Así lo suponía...

CONDESA

(*Inquieta.*) ¿Pero no lo tienes tú?

DOULCET

(*Desesperado.*) ¡No! ¡Estoy perdido! Ese

documento es la prueba que me acusa!

CONDESA

(Retorciéndose las manos con desesperación.) ¡Dios mío!... Pero sí, él es, él sabía la existencia del secreto y ahora recuerdo que desde que entró no apartaba sus ojos de la mesa. ¡Ah, miserable!

DOULCET

¿De quién hablas?

CONDESA

(*Desfallecida.*) De ese maldito mister Peters.

DOULCET

¿Y qué relación tiene él con el secreto?

CONDESA

Yo le revelé su existencia, hijo mío; engañada por su aparente admiración al mérito artístico de la mesa, le revelé la existencia del secreto, queriendo elevar á sus ojos ese mérito...

DOULCET

(*Desesperado.*) Entonces es él quien ha robado el papel... ¡Madre mía, has perdido á tu hijo! ¿Sabes lo que me espera á mí y á mis hermanos de causa si no recupero ese malhadado documento?

CONDESA

(*Angustiada.*) Doulcet, hijo mío: calla...

DOULCET

(*Con expresión indefinible.*) ¡La guillotina, la muerte! Pero la prefiero mil veces antes que aparecer como traidor á los ojos de mis amigos que arrastro en mi caída! (*Este diálogo es en voz baja para no ser oídos por el Repıesentante y Tournay que se encuentran en la habitaciòn contigua. La Condesa, al oir las últimas palabras de su hijo, da un gıito y cae desvanecida en sus brazos. El Representante y Touınay eutran apresuradamente.)*

TOURNAY

(*Á Doulcet.*) ¿Qué ocurre?

DOULCET

(*Tratando de reanimar á su madre.*) Ya lo veis.

REPRESENTANTE

Lamento este contratiempo.

DOULCET

(*Besando en la frente á su madre.*) Ya pasará...

REPRESENTANTE

(*Con solemnidad.*) Ciudadano Doulcet de Pontécoulant: á dejarme guiar por los impulsos de mi corazón, os diría: quedáis en libertad; no encuentro causa para proceder á vuestra detención, pero como por desgracia estos sentimientos son desarraigados por otros imperativos mandatos, duéleme deciros: Ciudadano de Pontécoulant: quedáis arrestado en nombre y por bien de la República y de su glorioso sostén el gran Marat!!

DOULCET

(*Que habrá colocado cuidadosamente á su madre en un sillón y procura reanimarla.*)

Pero mi detención es arbitraria: no hay pruebas!...

REPRESENTANTE

(*Con sorna.*) ¿Queréis mayor prueba que la de haber despertado los celos del *gran defensor* de la República?

DOULCET

Bien veis, ciudadano Representante, que ahora no podría seguiros; pues no quiero, ni vos me lo exigiríais, abandonar á mi madre en este estado.

REPRESENTANTE

Os concedo tres horas; pero no será menester vayáis á buscarme: vendré yo. (*A Tournay.*) Ciudadano *maire:* quedáos en compañía del ciudadano Pontécoulant; vigiladle y me responderéis de su persona con vuestra cabeza. (*Saludando profundamente, se marcha por la puerta del fondo. Tournay le acompaña hasta el dintel de la puerta indicada. Doulcet cae de rodillas junto á su madre y oculta el rostro entre las manos.*)

TELÓN LENTO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primer acto. Al día siguiente, por la mañana, de los sucesos acaecidos en el segundo acto.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA y FRANCISCO

Al levantarse el telón CARLOTA está sentada al lado de la mesa. FRANCISCO de pie al lado de su hermana.

CARLOTA

(*Con dulzura.*) ¿Has podido hablar con Doulcet?

FRANCISCO

Sí, pero luego de vencer mil dificultades y pretextos que me oponían sus guardianes, hasta que recurrí al Representante de la Asamblea Nacional que accedió á mis deseos en vista de mis súplicas, advirtiéndome de paso que no quería que tú pretendieses

hablar á Doulcet, pues esta entrevista te causaría una impresión dolorosa que él no quería autorizar.

CARLOTA

Mal me conoce el Representante si cree que la visita á mi pobre Doulcet puede apesadumbrarme.

FRANCISCO

Cierto que eres muy serena, mi buena Carlota, pero yo también pienso como el Representante.

CARLOTA

Luego iré yo á hablarle y entonces verás si accede ó no á mi petición.

FRANCISCO

El pobre Doulcet está tranquilo, sereno, confiado en su caballerosidad y valentía, y me encargó muy encarecidamente te tranquilizara y animase.

CARLOTA

(*Emocionada.*) ¡Oh, Doulcet mío!

FRANCISCO

De la conversación tenida con Doulcet deduzco que el antipático Patricio tiene una relación que me figuro muy directa, con su detención. Cada día me es más odiosa la figura de ese hugonote estúpido... ¿No te pasa lo mismo?

CARLOTA

(*Con voz alterada.*) ¡Sí!

FRANCISCO

Ayer al regresar de acompañar á Doulcet creí ver por estos alrededores á Patricio... y te encontré como asustada... como si hubieras llorado...; quizás será aprensión mía, pero... ¡Qué sé yo!... creo estar en lo firme...

CARLOTA

No, te engañas...

FRANCISCO

No me engaño, Carlota.

CARLOTA

Te empeñas en ver lo que no existe.

FRANCISCO

Mal haces en rehuir una explicación tan necesaria...

CARLOTA

¿Puedes suponer tal cosa?

FRANCISCO

(*Brusco.*) Sí, lo aseguro, que es más que suponer.

CARLOTA

(*Con tristeza.*) Me hablas con dureza, Francisco; ¿sospechas de mí?

FRANCISCO

(*Acercándose á Carlota y con acento cariñoso.*) Hermana mía: sospechar de tu conducta sería creer que no existe en el mundo nada digno y honrado. No es eso, Carlota; veo en ti una preocupación que desearía disipar...

CARLOTA

¿Insistes aún? ¿No crees lo que te digo?

FRANCISCO

Bueno; luego hablaremos de este asunto. Oye: me encargó Doulcet te recordase no sé qué promesa que tú le hacías en la carta que le escribiste ayer tarde.

CARLOTA

(*Ruborizándose.*) ¡Ah, sí: no me he olvidado, no; voy ahora mismo á prepararle ese regalíto.

FRANCISCO

Te espero. (*Carlota vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II

FRANCISCO y DOULCET; al fondo dos guardias nacionales.

DOULCET

(*Entrando precipitadamente por la puerta del fondo, se acerca á su amigo y le abraza con efusión.*) ¡No me esperabas, verdad?

FRANCISCO

(*Sorprendido.*) ¡Doulcet!... No te había sentido entrar... Estás pálido, tienes una cara que espanta. ¿Te ha ocurrido alguna nueva desgracia?

DOULCET

(Bajando la voz.) ¿Y Carlota?

FRANCISCO

Hace un instante que estaba aquí. Voy á llamarla...

DOULCET

(*Con apresuramiento.*) No, Francisco, no la llames; hablemos á solas.

FRANCISCO

¿Qué ocurre?

DOULCET

Esta tarde ó mañana á más tardar debo partir hacia París, acompañado del Representante de la Asamblea Nacional y de una fuerte escolta.

FRANCISCO

(*Afligido.*) ¿Cómo? ¿Es posible?

DOULCET

(*Con tristeza.*) Sí: Marat, deseoso de ver si á fuerza de promesas ó de amenazas logra arrancarme el nombre de mis compañeros, me hace llevar á su presencia.

FRANCISCO

¿Pero cómo has podido venir aquí? ¿Te has fugado?

DOULCET

¿Fugarme? ¿Y para qué? Eso sería declararme culpable á los ojos de mis amigos.

FRANCISCO

Entonces no comprendo cómo has venido.

DOULCET

Solicité permiso para despedirme de Carlota; luché un buen rato hasta lograr que el Representante, que es un perfecto caballero, me diese la autorización bajo mi palabra de

honor de no fugarme y de regresar á casa en el término de una hora. Para salvar su responsabilidad yo mismo solicité me acompañasen estos dos guardias nacionales.

FRANCISCO

He reflexionado, Doulcet, acerca de lo que me dijiste y creo como tú que mi pseudo-pariente Patricio y el antipático mister Peters no son extraños al robo del documeuto.

DOULCET

¿Lo crees así?

FRANCISCO

Sí, después de haberlo reflexionado mucho.

DOULCET

En fin, Francisco, que no sé lo que será de mí. ¡Estoy desesperado!

FRANCISCO

Ten calma, serénate; yo procuraré salvarte.

DOULCET

No lo esperes, estoy perdido.

FRANCISCO

¡Estás loco! ¡No pienses en eso! Por ahora sólo trataremos de castigar al bandido Peters y de arrebatarle el papel.

DOULCET

Gracias, Francisco; ídiotizado por mi desgracia esa idea aún no había cruzado por mi imaginación. (*Hace ademán de marcharse.*)

FRANCISCO

(*Deteniéndole.*) ¿A dónde vas?

DOULCET

¿Y me lo preguntas?

FRANCISCO

Nada de violencias, no te aconsejo tal cosa; hay medios de salvarte sin apelar á esos recursos extremos.

DOULCET

Te repito que es imposible.

FRANCISCO

Confía en mí. Yo veo las cosas de distinta

manera porque estoy más sereno. Déjame una hora de plazo para intentar algo, y si nada consigo, quedas en libertad de acción. ¿Aceptas?

DOULCET

Es inútil, nada conseguirás.

FRANCISCO

Déjame que haga la prueba, ¡te lo pido por Carlota!

DOULCET

Bien, por ella accedo, pero ya verás que mi desgracia es irremediable.

FRANCISCO

Te demostraré lo contrario; pero ante todo vuelve á tu casa y prométeme no tomar determinación alguna sin antes contar conmigo.

DOULCET

Te lo prometo, aunque debo advertirte que no tengo esperanzas... ¿Qué piensas hacer?

FRANCISCO

Ya lo sabrás! Márchate antes que transcurra el tiempo que te han concedido; además es conveniente que ignoren tu entrevista conmigo: que crean que has hablado con Carlota...

DOULCET

¡Adiós, Francisco, mi buen amigo, mi hermano, adíós!... ¡Suceda lo que suceda será eterna mi gratitud! (*Se abrazan emocionados y Doulcet se marcha por la puerta del fondo seguido de los guardias nacionales.*)

ESCENA III

FRANCISCO y CARLOTA

CARLOTA

(*Entrando por la izquierda.*) ¿Ha venido alguien?

FRANCISCO

Que yo sepa, no.

CARLOTA

(*Observando atentamente á su hermano.*) Me pareció haber oído ruido de voces...

FRANCISCO

Has oído mal. (*Breve pausa.*) Te esperaba, Carlota, para decirte que iba á salir...

CARLOTA

¿Ahora?

FRANCISCO

Sí, en el acto.

CARLOTA

¿Es tan urgente lo que tienes que hacer?

FRANCISCO

Sí. (*Con intención y mirando con fijeza á su hermana.*) Y caso de que venga Patricio le dices que me espere; tenemos que hablar... (*Acercándose á Carlota.*) Noto que cuando nombro al *reverendo* traigo á tu memoria algo desagradable... ¿Lo ves? ¡Si no puedes negarlo!...

CARLOTA

(*Con temblorosa voz.*) ¿Otra vez?... Te ruego no insistas...

FRANCISCO

(*Con cariño.*) Hermana mía: si insisto es porque en la actualidad, debido á la desgracia de Doulcet, no cuentas más que con mi apoyo y á mí debes confiarte... Comprendo que la situación del pobre Doulcet es para infundir pavor al ánimo más templado; pero no hay que dejar que la tristeza se apodere por completo de ti. No siendo la situación de tu prometido ¿qué otra cosa te preocupa? ¿Estás bajo la presión de alguna amenaza?

CARLOTA

¿Quién quieres que me amenace?

FRANCISCO

Sólo así comprendo tu silencio y haces mal... Yo estoy para defenderte y si te han insultado para desagraviarte y vengarte... ¿Temes algo? Carlota, habla, dímelo...

CARLOTA

No insistas, Francisco; ya no sé cómo hacerte comprender que no me pasa nada...

FRANCISCO

Me haces sufrir, Carlota: tus pesares me entristecen... Si no tienes confianza en mí, oculta tus dolores que me desesperan. ¿He sido malo para ti? No? Pues entonces... ¡Ah, si hubiera alguien tan osado que tratara de turbar más aún tu tranquilidad, bien caro iba á pagar su audacia!

CARLOTA

¿Qué te figuras?

FRANCISCO

(Exaltado.) ¡La verdad! Presumo que ese maldito hugonote, Patricio, con sus continuas impertinencias pretende marearte, y...

CARLOTA

¡Poco fuerte sería mi cabeza si cediese por tan poco!...

FRANCISCO

Y si adquiriese el convencimiento de que el *pastor bíblico* trata de enemistarnos y de romper tus vínculos con Doulcet, yo te juro,

¡por la memoria de nuestra santa madre! que lo estrangularé sin misericordia y con la misma conciencia con que se mata á un perro rabioso!

CARLOTA

(*Vacilando.*) Repito que te engañas...

FRANCISCO

Entonces, qué temes? ¿Por qué te sobresaltas cuando le nombro?

CARLOTA

(*Procurando serenarse.*) Tu cariño te hace ver cosas que no existen...

FRANCISCO

Bien, Carlota, no puedo detenerme más... Ya averiguaré todo sin necesidad de torturarte con mis preguntas. (*Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.*) ¡Hasta luego!

CARLOTA

(*Con pesadumbre.*) ¿Te vas enfadado conmigo?

FRANCISCO

No, Carlota; te quiero demasiado para eso... ¡Adiós!

CARLOTA

Adiós... no tardes. (*Sale él por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV

CARLOTA y luego CATALINA

CARLOTA

(*Ve alejarse á su hermano y tras un hondo suspiro comienza á colocar bien las sillas dando pruebas de gran preocupación. Después vase hacia la puerta del fondo y mira sin interés; tras breve pausa da señales de observar con atención y parece inquieta.*) ¿Qué veo?... Es Catalina... Sí, es ella... ¿Qué ocurrirá?... ¿Habrá pasado alguna otra desgracia á mi pobre Doulcet? (*Haciéndola señas con la mano y en voz alta.*) Corre, Catalina, corre más!

CATALINA

(*Entrando por la puerta del fondo con el

rostro demudado y con la fatiga de la que ha sostenido una precipitada carrera.) ¡Señorita Carlota, señorita Carlota!... ¡Qué... qué desgracia... qué desgracia más horrible!

CARLOTA

(*Desesperada.*) ¿Qué ocurre? ¡Habla, habla. ¿Qué ocurre?...

CATALINA

(*Sollozando.*) ¡A mi amo... á mi amo... don Doulcet... á él... á él... que es tan bueno y tan... tan noble: ¡Oh, Dios mío! Es horrible!...

CARLOTA

(*Sacudiéndola por un brazo.*) Habla, infeliz, habla. ¿No ves que me estás matando?

CATALINA

(*Reprimiendo sus sollozos.*) Hace un momento, al llegar á casa don Doulcet, que había venido á ver á usted...

CARLOTA

)*Sorprendida.*) ¿A mí?...

CATALINA

Sí, señorita: don Doulcet pidió permiso al Representante para venir á casa de usted, le fué concedida la autorización y al regresar á casa, cuando aún no había pasado los umbrales, cayeron sobre él una turba de asesinos descamisados capitaneados por Tiércelin...

CARLOTA

¡Ah, el infame; perdonaba la deuda para cobrarse en sangre de mi Doulcet!... Sigue, Catalina, sigue...

CATALINA

Los asesinos, profiriendo gritos de ¡muerte á los aristócratas y espías!, arremetieron con sus puñales y espadas contra mi amo, pero don Doulcet, que es ágil y valiente paró muchos de los mortales golpes hasta que pudo arrebatar el puñal de manos de Tiércelin y clavárselo en el pecho del asesino; en este instante, uno de los descamisados asestó á don Doulcet un hachazo en la cabeza...

CARLOTA

(*Aterrada, ocultando el rostro entre las manos y presa de dolorosa congoja.*) ¡¡Dios mío!!...

CATALINA

Afortunadamente la herida no era grave: sangró muchísimo, pero todo se reducía á una extensa desgarradura en el cuero... La sangre, saliendo á borbotones, cegaba á mi amo, y cuando ya las fuerzas le abandonaban apareció el Representante seguido de un grupo de guardias nacionales y lanzándose contra los asesinos los dispersaron en un momento...

CARLOTA

(*Suplicante.*) ¿Lo que me cuentas es verdad, Catalina? ¿No es más grave la herida de mi Doulcet? Di: no me ocultes nada...

CATALINA

(*Dando pruebas de gran cariño á Carlota y muy conmovida.*) Señorita: ¿cómo puede figurarse que yo la engaño? Su querido novio está bien y el médico asegura que la herida

cicatrizará en seguida. Y para que la señorita vea que le digo la verdad lea este billete qne la traigo...

CARLOTA

(*Anhelante.*) ¿De quién?...

CATALINA

¿De quién ha de ser sino de don Doulcet?

CARLOTA

(*Con alegría.*) ¿Me escribe él? (*Demostrando impaciencia por la caıta.*) Trae, dame, dámela pronto.

CATALINA

(*Sacando del pecho un billete lacrado.*) Aquí está.

CARLOTA

(*Arrebatándoselo apıesuradamente y rompiendo el lacre.*) ¡Dios, bendito seas! (*Leyendo precipitadamente en voz alta.*) Carlota de mi alma: perdóname que no haya tenido valor de verte. He estado en tu casa con la intención de decirte adiós, pero al llegar me

faltaron fuerzas para afrontar el instante de tener que despedirme de ti, que eres mi vida. (*Con ambas manos se oprime el pecho como queriendo reprimir las ansias de llorar.*) «He sido herido por unos rufianes de Marat, pero afortunadamente la herida carece de importancia. No te alarmes. Llevo en el corazón un dolor que me agobia: la orfandad en que te dejo y los mil peligros que tendrás que afrontar; este pesimismo lo atenúa el pensar que á tu lado queda un corazón heroico unido á un brazo varonil: tu hermano Francisco. Si llego á París no me hago ilusiones acerca de mi suerte, pues Marat no me soltará sino para subir al cadalso; es por esto que sólo abrigo el propósito y la esperanza de que mis amigos diputados no me abandonarán y sabrán arrancarme de las garras de Marat en tiempo y momento oportuno. Ten fe, valor, y en último caso, resignación. Anímete el consuelo de que si mi cabeza cae será para con su sangre fructificar los ideales de nuestra amada Francia! Adiós, Carlota de mi vida; y ten siempre presente que mi corazón sólo piensa en ti, en Francia y en la Gironda!

(*Durante la lectura va aumentando la emoción de ella y al llegaı á esta parte es dominada poı el dolor y besando la caıta se deja caer sollozante en una silla.*)

CATALINA

(*Acariciándola y paıticipando de su emoción.*) Señorita Carlota; tenga valor y serenidad... como la dice él en su carta...

CARLOTA

(*Sollozando.*) ¡Doulcet, Doulcet, mi vida, mi amado Doulcet!

CATALINA

(*Llorando.*) Vamos, señorita, que se va usted á poner mala...

CARLOTA

(*Haciendo un esfuerzo logra calmarse; se pone de pie y besa repetidas veces la carta.*) Catalina, vete á su lado y dile... dile... *(Besándola.)* ¡que le mando contigo este beso y que luego iré yo...

CATALINA

(Besando la mano á Carlota.) Sí, señorita... *(Llevándose el pañuelo á los ojos se marcha por la puerta del fondo. Carlota, de espaldas al foro, saca de nuevo la carta y después de besarla léela en silencio.)*

ESCENA V

CARLOTA y PATRICIO

PATRICIO

(Entra por el fondo y se detiene á pocos pasos de ella. Con ironía.) ¿Estás leyendo la carta de *tu* Doulcet?... ¿Verdad que el pobrecito está angustiado?

CARLOTA

(Volviéndose rápida y con espanto.) ¿Tú? ¿Tú aquí!!

PATRICIO

(Con rudeza.) Sí, yo; y ahora no te salvará ninguna llegada inoportuna. *(Cierra violentamente la puerta del fondo.)* Lo que quie-

ro que sea, será!!... He esperado á que saliera tu hermano y la doncella de casa de *tu* Doulcet porque deseaba verte á solas...

CARLOTA

(Con profundo rencor.) ¡Miserable: qué te propones?

PATRICIO

(*Con sorna; sonriendo.*) Cumplir mi promesa: ¿La recuerdas?... Prometí que serías mía ¡y lo serás!

CARLOTA

(*Con rencoroso desprecio.*) ¡¡Tuya?... ¡Sal de aquí, cobarde!

PATRICIO

(*Con vehemencia.)* Insúltame lo que quieras, pero...

CARLOTA

¡Tanto te desprecio, que en vano busco palabras para expresártelo con toda su intensidad!

PATRICIO

Carlota... no pronuncies esas palabras que me destrozan el alma! ¡Carlota..., te adoro..., ten piedad!

CARLOTA

Amo con toda mi alma á Doulcet, ya lo sabes.

PATRICIO

No, calla el nombre de ese maldito á quien desearía exterminar... ¡Si estuviera aquí, en tu presencia le mataría sin misericordia!... Carlota: sígueme, huye conmigo...

CARLOTA

(Indignada.) ¿Yo seguirte?... ¡Antes mil veces la muerte!! ¿Sabes lo que me inspiras?...

PATRICIO

¡Carlota!...

CARLOTA

(*Con marcado desprecio.*) ¡Repulsión, óyelo bien, repulsión!

PATRICIO

(*Avanzando hacia Carlota.*) ¡Carlota!...

CARLOTA

(*Señalándole la puerta.*) ¡Sal de aquí: líbrame de tu odiosa presencia!...

PATRICIO

(*Amenazador.*) ¡Será fácil que tus desprecios y tus insultos se cambien en desesperadas súplicas!...

CARLOTA

¿Qué dices?

PATRICIO

(*Riendo sarcásticamente.*) Cuando sepas que á ese Doulcet que tanto amas, puedo perderle, ¿oyes, Carlota? Puedo perderle!

CARLOTA

(*Con desprecio.*) ¿Tú?... ¡Poca cosa eres tú para conseguirlo!

PATRICIO

Escucha, desventurada: á ese odioso ser

puedo perderle... ¿Cómo?... un emisario de Marat busca un documento que compromete á Doulcet y á sus compañeros; pues bien: ese papel lo *robé yo* y se encuentra en mi poder!!

CARLOTA

¡Mientes!

PATRICIO

¿Dudas? Aquí está, mírale... (*Saca del bolsillo un papel que enseña á Carlota.*)

CARLOTA

¡Eres más que infame, ladrón!! (*Se aproxima á la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI

Dichos y FRANCISCO que entreabre lentamente la puerta del fondo no pudiendo notar este movimiento ni Carlota ni Patricio.

PATRICIO

(*Suplicante.*) ¡Carlota, sígueme! Próximo á la posada del Constitucional nos espera una silla de posta: sígueme y en cambio de tu

amor te entregaré el documento que robé á Doulcet.

CARLOTA

(Con ira.) ¿Yo seguirte?... ¡¡Nunca!! ¡¡Jamás!! ¡¡Fuera de aquí, miserable!! Esa silla de posta qne te espera puede conducirte á París, y allí confúndete y revuélcate en ese fango en que está amasada tu naturaleza: vete, y dí á Marat, que por cada gota de sangre de Doulcet de Pontécoulant vomitará él un chorro de la suya; vete y delátame como lo has hecho con mi pobre Doulcet. ¿Qué esperas? ¡¡Vete!!

PATRICIO

¡Carlota!!...

CARLOTA

¡¡Sal de aquí, maldito, infame!!

PATRICIO

¡Carlota... compasión!.

CARLOTA

(*Con profundo desprecio.*) ¡Miserable! ¡¡Ladrón!!

PATRICIO

(*Aproximándose á Carlota.*) ¡Insensata!...

CARLOTA

¿Qué pretendes?

PATRICIO

Matarte: ¡así nadie sino la muerte recibirá tus caricias!

CARLOTA

(*Desafiadora.*) ¡Inténtalo!

PATRICIO

¡Por última vez, Carlota, sígueme!

CARLOTA

¡No, no, mil veces no! (*Patricio procura sujetarla con la mano izquierda para poderse servir de la derecha, pero Carlota con vigor se lo impide rechazándole violentamente.*)

PATRICIO

(*Furioso.*) ¡Es inútil que te esfuerces!

CARLOTA

(*En voz alta.*) ¡Doulcet!... ¡Doulcet!!...

PATRICIO

(Sarcástico.) ¡Doulcet está muy lejos para escuchar tus llamadas...

FRANCISCO

(*Abriendo violentamente la puerta del fondo y cogiendo á Patricio por el cuello.*) ¡Pero la oigo yo, hugonote infame, y basta!!

CARLOTA

(Con alegría.) ¡Gracias, Francisco!

PATRICIO

(*A Francisco. Forcejeando para desasirse.*) Me estrangulas...

FRANCISCO

(*A Patricio.*) ¡No se perderá gran cosa!!...

PATRICIO

(*Haciendo esfuerzos.*) ¡Déjame!...

FRANCISCO

(*A Patricio.*) Antes tenemos que hablar. (*A Carlota.*) Déjanos solos...

CARLOTA

(*Con sobresalto.*) ¡Francisco!...

FRANCISCO

Carlota, ten la bondad de salir, déjanos un instante, haz el favor...

CARLOTA

Prudencia, Francisco, y no te descuides...

FRANCISCO

Sal tranquila; estoy prevenido. (*Carlota, lentamente y como con indecisión, vase por la izquierda.*)

ESCENA VII

Dichos menos CARLOTA

FRANCISCO

(*Soltando á Patricio con rudeza y haciéndole retroceder.*) Necesitaba verte y para conseguirlo me dirigía á la posada; pero tu *digno* jefe, que venía en dirección contraria me hizo desistir de mis propósitos. Según parece, con mucho sigilo saliste de la posada al amanecer!

PATRICIO

(*Aparte.*) ¡Todo se ha descubierto!

FRANCISCO

(*Con ironía.*) Tu esmero en el vestido me hace suponer que te proponias una feliz aventura, eh?

PATRICIO

Acabemos de una vez; ¿qué deseas de mí?

FRANCISCO

¿Tanta prisa tienes? Espera, que el postillón no te cobrará más por eso!...

PATRICIO

(*Con ira.*) ¡Basta de burlas!

FRANCISCO

¡Pero qué geniecito gastas! ¡Esto cuadra mal á la temperancia de un reverendo anglicano!

PATRICIO

(*Da con furia una patada en el suelo.*) Basta ya de sarcasmos!... Di de una vez lo que deseas...

FRANCISCO

¿Y me lo preguntas, bribón? Ya lo sabes: que me entregues el papel que enseñabas á mi hermana, dámelo.

PATRICIO

¡Nunca!

FRANCISCO

¡Venga ese endemoniado papel que tanta guerra nos ha dado!

PATRICIO

¡Jamás! ¡Antes perderé la vida que acceder á tu petición!

FRANCISCO

(*Amenazador.*) He prometido salvar á Doulcet y sé cumplir lo que prometo. ¡Si no me lo das de buen grado lo tomaré á la fuerza!

PATRICIO

(*Sacando un puñal que procura ocultar.*) ¡Inténtalo si quieres!

FRANCISCO

Lo intentaré, y lo que es más, lo consegui-

ré. Entrégame el papel y te dejaré marchar.

PATRICIO

(*Desafiador.*) ¡Atrévete á impedirme salir!

FRANCISCO

(*Con ira.*) ¡No me provoques! ¡No quiero matarte!... ¡Sólo quiero me des lo que te pido!

PATRICIO

Si tal híciera, el sér que más odio en el mundo sería feliz. ¡No entrego el papel! ¡Es mi última palabra!

FRANCISCO

¿Quieres la violencia? ¡Sea! (*Con ademán amenazador avanza hacia Patricio.*)

ESCENA VIII

Dichos y CARLOTA

CARLOTA

(*Entrando en escena rápidamente. A Francisco.*) ¡Francisco, hermano mío! (*Se interpone entre los dos.*)

FRANCISCO

(*Apartando á Carlota.*) ¡Aléjate!... ¿Por qué has venido? ¿Quién te ha llamado? ¡Déjanos!...

CARLOTA

(*A Patricio.*) Accede á lo que te pide mi hermano.

PATRICIO

(*A Carlota.*) ¡El papel irá á manos de Marat y tu Doulcet á la guillotina...

FRANCISCO

(*Apartando á Carlota y dirigiéndose con rapidez hacia Patricio.*) ¡Eso no sucederá mientras yo viva! (*Trata de sujetar á Patricio y éste, retrocediendo, le tira una puñalada. Francisco evita el golpe, pero perdiendo el equilibrio, retrocede tambaleándose. Carlota, dando un agudo grito, acude hacia su hermano.* (*A su hermana.*) No fué nada, Carlota...

PATRICIO

(*Blandiendo el puñal; á Francisco.*) ¡Déjame libre la puerta! ¡Al instante!

CARLOTA

¡Cuidado, Francisco, cuidado! ¡Este infame puede matarte!

FRANCISCO

(*A Carlota.*) Ahora estoy prevenido. Márchate, Carlota...

PATRICIO

(*A Francisco.*) ¿Dejas franca la puerta; sí ó no?

FRANCISCO

(*Desenvainando rápidamente la espada.*) ¡¡No!!

PATRICIO

¿Espada contra puñal? ¡Sea!

CARLOTA

¡Francisco!...

FRANCISCO

(*Cerrando violentamente la puerta y tendiendo la punta de la espada hacia Patricio.*) ¡Tú lo quieres, miserable! ¡Saldrás... y para siempre!! (*Patricio ataca con furia á Fran-*

cisco, pero éste, serena y ágilmente evita los golpes y en un rápido movimiento se tira á fondo hiriendo en el pecho á su contrario que cae pesadamente al suelo.)

CARLOTA

(*Can angustia.*) ¡Francisco, Francisco, qué has hecho? *(Francisco arroja al suelo la espada é inclinándose se apodera del papel que ocultaba Patricio.)*

FRANCISCO

(A Carlota.) ¡Destruye este papel! ¡Quémalo!

CARLOTA

(*Cogiendo el papel.*) ¿Y tú? Pueden venir y sorprenderte... ¡Huye!...

FRANCISCO

¿Huir?... ¿Y por qué?... Mi deber es esperar para dar cuenta de mis actos. Haz lo que te digo; ¡en seguida!

CARLOTA

(*Suplicante.*) ¡Huye, Francisco; ponte en salvo!

FRANCISCO

(*Severo.*) ¿No has oído que te dije quemaras ese papel? Ve á hacerlo!...

CARLOTA

Voy, Francisco! (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX

FRANCISCO y luego DOULCET, CATALINA, REPRESENTANTE, TOURNAY, LAMARQUE, MISTER PETERS y dos guardias nacionales.

FRANCISCO

(*Secándose el sudor de la frente y observando el cuerpo inanimado de Patricio.*) ¡No ha muerto, aún respira! (*Se oyen fuertes y repetidos golpes en la puerta del fondo. Francisco abre la puerta, quedando casi oculto por ella el cuerpo de Patricio. Entran los personajes arriba indicados. Doulcet trae la cabeza cubierta por una venda ensangrentada.*)

DOULCET

(*A Francisco.*) ¿Pero qué es lo que ha pasado? Hasta nosotros llegó la noticia de que

en el »Grand Manoir» os matábais tú y Patricio. ¿Estás herido?

FRANCISCO

(*A Doulcet.*) No, no tengo ni un rasguño... ¿Pero qué significa el vendaje de tu cabeza, di... (*Alarmado.*)

DOULCET

Nada, ya te lo contaré.

MR. PETERS

(*A Francisco.*) Ciudadano Corday: ¿qué has hecho de tu pariente Patricio? mi digno hermano de causa.

FRANCISCO

Ahí tienes á tu *digno* hermano de causa... (*Cerrando la puerta del fondo descubre el cuerpo de Patricio. Movimiento de espectación al ver al herido.*)

LAMARQUE

(*Retirando precipitadamente los pies.*) ¡Sangre, estaba pisando sangre!

Mr. PETERS

(*Con hipocresía. A Francisco.*) ¿Y confesáis tan horrendo crimen con tal cinismo?

FRANCISCO

(*A Peters.*) Le herí en legítima defensa, fuí agredido...

TOURNAY

Convendría que un médico reconociese al herido... ¿Qué hacemos, ciudadano Representante?

REPRESENTANTE

(*A Tournay.*) Yo soy cirujano; buscad á alguien que me ayude...

DOULCET

(*Al Representante.*) Ciudadano: ¿puedo serlo yo? Entiendo algo de cirugía.

REPRESENTANTE

(*A Doulcet.*) Sí, ciudadano...

ESCENA X

Dichos y CARLOTA,
que entra por la puerta de la izquierda.

DOULCET

(*Con alegría.*) ¡Carlota, Carlota!

CARLOTA

¡Doulcet!... (*Se abrazan estrechamente y presas de viva emoción.*)

DOULCET

(*A Carlota.*) ¡Ten valor y esperanza, Carlota de mi vida! (*A Catalina en voz baja.*) Procura distraer á Carlota con tus palabras. (*El Representante y Doulcet se acercan á Patricio y le examinan cuidadosamente.*)

FRANCISCO

(*A Tournay.*) ¿La presencia de mi hermana es necesaria?

TOURNAY

(*A Francisco.*) Sí, ciudadano. (*Carlota y Catalina se dirigen al extremo opuesto del lu-*

gar ocupado por Patricio y hablan en voz baja.)

REPRESENTANTE

(*A Tournay.*) ¡Aún respira!... Recobrará el sentido, pero será por breves instantes... La herida es mortal...

Mr. PETERS

(*Al Representante.*) Entonces, ¿no salvará?

REPRESENTANTE

(*A Peters con brusquedad.*) Morirá... La herida ha interesado órganos de importancia. (*Durante el diálogo, el Representante y Doulcet prestan al herido los auxilios convenientes y le trasladan á una silla.*)

TOURNAY

(*Á Francisco.*) Espero vuestra declaración, ciudadano Corday...

FRANCISCO

Es bien sencilla: llegué á casa en instantes en que Patricio, amenazando de muerte á mi hermana, pretendía obligarla á que le si-

guiese; Carlota, negándose resueltamente, exasperó á Patricio, que pretendió ejecutar sus amenazas... lo impedí... Y... el resto ya lo estáis viendo en el herido...

DOULCET

(*Tendiendo la mano á Francisco.*) ¡Francisco: has cumplido con tu deber!

Mr. PETERS

(*Con acento iracundo.*) ¡Todo cuanto ha dicho el ciudadano Corday es completamente falso! Lo único verdad es que esta desgraciada (*Indicando á Carlota.*) valida de su belleza infernal ha sugestionado á este pobre loco (*por Patricio*) hasta el punto de que quien antes era (*Doulcet pretende avanzar contra mister Peters pero le detiene el Representante*) un dechado de virtud y buen ejemplo, ha caido al infortunado extremo que hoy vemos...

FRANCISCO

(*A Peters.*) ¡Mientes, canalla!

Mr. PETERS

(*Sin hacer caso del insulto.*) Al atraerle con

su maldito arte tenía su objeto: su hermano se encontraba en una situación por demás comprometida, á causa de las muchas deudas que no podía satisfacer, y para salvar esa situación, concertaron un plan odioso.

FRANCISCO

(*A Tournay.)* ¿Qué, ciudadano *maire*: este hombre tiene derecho á insultar? ¡Le hacéis moderarse ó seré yo quien lo haga!

TOURNAY

(*A Francisco, en tono destemplado.*) ¡Aquí no hay más autoridad que la mía! (*A Peters.*) Hablad: ciudadano.

REPRESENTANTE

(*A Tournay.*) ¡Alto ahí, ciudadano *maire*! No discuto vuestras atribuciones, pero aquí soy yo más que vos, y por eso voy á *exigir*, —fijáos bien: he dicho *exigir*—terminantemente, que este ciudadano, (*por Peters*), al hablar lo haga con menos fecundidad injuriosa...

TOURNAY

(*Al Representante.*) Pero es que...

REPRESENTANTE

(*Imperativo.*) ¡Silencio: no acepto objeciones! Hablad, ciudadano Peters, pero sin echar en olvido la advertencia mía.

Mr. PETERS

¡Acuso al ciudadano Francisco Corday d'Armont del asesinato de su pariente Patricio de Gautier d'Authieux; y también de haber sustraído á éste una fuerte cantidad en luises que yo había depositado en poder de Patricio y que provenía de una remesa que me hizo el Comité de Propaganda Bíblica de Liverpool... (*Francisco exasperado, trata de arrojarse sobre Peters y se lo impiden los dos guardias nacionales, no sin grandes esfuerzos.*)

FRANCISCO

(*A Peters.*) ¡¡Mientes, mientes!! ¡¡Infame!! ¡¡Canalla!!

REPRESENTANTE

(*Autoritario.*) ¡Silencio todos: callad!

CARLOTA

(*Con voz vibrante de ira.*) ¡Ciudadano Re-

presentante: la acusación infamante que arrojan sobre mi hermano, es una calumnia canallesca... (*Mientras habla Carlota, Peters se aproxima á Patricio y le coge de una mano. Patricio recobra el conocimiento y mira con asombro hacia todos lados.*)

PATRICIO

(*Gon voz débil.*) ¡Dios mío, qué me pasa?... Siento un dolor inmenso... aquí... (*Tocándose el pecho. Carlota sumamente agitada, se aproxima á ellos.*)

DOULCET

(*A Carlota.*) ¿Qué quieres?

PATRICIO

(*Con voz debilitada por la fatiga y entrecortada por el dolor.*) ¡Carlota!... ¿Eres tú?... ¿Lloras?... ¿Por qué?... ¿Qué tienes?... ¡Oh, sí; me parece recordar... sí, fuí yo... ¡yo!... ¡oh!, Carlota... estoy maldito... ¡Perdón!...

CARLOTA

(*Con acento suplicante.*) Patricio: en tu alma aún quedan sentimientos generosos y á

ellos invoco: tu compañero y jefe nos acusa, á Francisco y á mí, de un delito denigrante y sólo tu franca confesión nos puede salvar. ¡Patricio, confiesa la verdad!

PATRICIO

(*A Carlota.*) ¿Súplicante ante mí? ¿Tú?... No, Carlota, no, yo soy el que debe humillar la frente... ¡soy yo el que imploro tu misericordia!... ¿De qué te acusan? ¿Qué pueden achacarte á ti que no sea la virtud más inconmovible?... Sí, Carlota... yo diré la verdad... aunque la vergüenza de mis infamias...

Mr. PETERS

(*A Patricio.*) Calla, no puedes hablar, estás muy débil y tienes fiebre...

PATRICIO

No, no me debilitaré: me fortificaré, tonificará mi alma el descargar mi conciencia...

Mr. PETERS

(*En voz baja, aparte á Patricio.*) ¡Imbécil, quieres perderme?

REPRESENTANTE

(*Con severidad á Peters.*) Ciudadano: ¿pretendes sellar la confesión de un moribundo?

Mr. PETERS

Es que...

REPRESENTANTE

No hay objeción que valga. ¡Callad! (*A Patricio.*) Decid cuanto gustéis, ciudadano, y cuando os fatiguéis, reposad.

PATRICIO

(*Al ver á Doulcet se pasa las manos por la frente con desesperación.*) ¡Doulcet, siempre Doulcet!

CARLOTA

(*Con ansiedad.*) ¡Patricio!...

PATRICIO

Sí, por ti, Carlota, todo lo sufriré por ti. (*Al Representante.*) Quiero que conste mi declaración por escrito... quiero firmarla...

REPRESENTANTE

(*A Tournay.*) Escribid lo que os vaya di-

ciendo el herido. (*Tournay se aproxima á la mesa, acerca una silla, se sienta, saca papel, tintero y pluma y escribe. Pausa.*)

TOURNAY

(*A Patricio.*) Vuestro nombre?...

PATRICIO

Patricio de Gautier d'Authieux...

TOURNAY

¿Edad?...

PATRICIO

Treinta años...

TOURNAY

Ejercíais vuestro ministerio de acuerdo con...

REPRESENTANTE

(*Impaciente.*) Suprimid fórmulas, ciudadano *maire;* el declarante pierde fuerzas...

TOURNAY

Ciudadano: la Ley exige que...

REPRESENTANTE

(*Con arrogancia.*) La Ley la represento yo y por eso, la interpreto á mi manera. (*A Patricio.)* Continuad.

PATRICIO

(*Con voz muy fatigada.*) Falté á Carlota, la ultrajé con proposiciones indignas; hoy insistí...

TOURNAY

¿Es verdad que el ciudadano Peters os dió en calidad de depósito una cantidad en oro?

PATRICIO

Sí, es cierto; quinientos luises que ayer se los devolví... En el armario de mi alcoba está el recibo que me entregó el ciudadano Peters...

FRANCISCO

(*A Peters.*) ¡Miserable! ¡Infame!

REPRESENTANTE

Vuestro compañero dice que ese dinero lo conservabais en vuestro poder y que hoy al

venir al «Grand Manoir» os lo arrebataron el ciudadano Corday y su hermana...

PATRICIO

¡Es falso!... Id al sitio que he indicado y encontraréis el recibo...

TOURNAY

Cuando hoy se negó la ciudadana Carlota á seguiros ¿qué hicísteis?

PATRICIO

Loco de dolor quise matarla... Francisco lo impidió... le agredí, y él entonces se vió obligado á desenvainar la espada y hacer uso de ella... No puedo más... me ahogo... una oleada de sangre me sube á la garganta... pronto... quiero firmar...

Mr. PETERS

(*Tratando de impresionar á Patricio.*) Patricio, hijo mío, el espíritu del mal te ciega, vuelve en ti... óyeme... En la mesa del ciudadano Pontécoulant ¿no te apoderaste de un documento que á éste comprometía y hoy al

reclamártelo él, y tú negárselo no ha sido ese el motivo por el cual te atacó é hirió? Contesta y di la verdad.

PATRICIO

No me apoderé de documento alguno; bien sabéis que en el cajón secreto sólo había cartas de amor!... (*Al Representante.*) ¡Por favor... dadme para qne firme... me muero...

Mr. PETERS

(*Al Representante.*) Las declaraciones de este desgraciado no pueden ser tenidas por válidas...: habla presionado!

REPRESENTANTE

(*Con acritud á Peters.*) ¿Sabéis ciudadano que vuestras impertinencias rayan ya en lo intolerable?

Mr. PETERS

Tengo derecho á hablar...

REPRESENTANTE

Y yo á obligaros callar! (*A Patricio.*) ¿Ra-

tificáis todos los términos de vuestra declaración ante mí prestada?

PATRICIO

Sí,... dádmela para que firme...

REPRESENTANTE

¿Oís ciudadano *maire*? Haced firmar al declarante.

(*Tournay se aproxima á Patricio, preséntale la declaración, y, éste, haciendo un supremo esfuerzo, firma y queda después desfallecido.*)

PATRICIO

(*Con voz expirante.*) ¡Gracias, Carlota!... ¿Me perdonas? Dímelo fuerte, que lo oiga yo bien...

CARLOTA

(*Emocionada.*) Sí, Patricio, te perdono con toda mi alma! (*A Doulcet y Francisco.*) Francisco, Doulcet, acercaos...: vosotros también le perdonáis!

DOULCET

(*Estrechando la mano de Patricio.*) Muere tranquilo: te perdono y te admiro!

FRANCISCO

(*Intensamente conmovido.*) Patricio, perdóname! ¡El que todo lo ve y puede, sabe cuán grande es la aflicción que en estos instantes siento! ¡Muere en paz y lleva el consuelo de que dejas tras de ti seres que sabrán olvidar tus faltas bendiciendo tu abnegación!

PATRICIO

(*Expirante.*) ¡Adiós, Francisco, adiós... Doulcet!... ¡Carlota... bendita seas!... ¡Dios... Dios mío, sólo tú eres verdad!... (*Deja caer la cabeza desfallecido, peio haciendo un esfuerzo habla aún.*) ¡Carlota... Marat no sabe que... (*Carlota anhelante quiere oii el final de este pensamienlo del agonizante. Patricio expira dulcemcnte.*)

TELÓN LENTO

ACTO CUARTO

La escena representa el interior de la casa de Marat, en la calle de los Franciscanos. Un tabique divide la escena. La derecha de esta división, más amplia que la izquierda, está amueblada con dos mesas, varias sillas y por el suelo hay esparcidos papeles impresos y libros. En el fondo correspondiente á la división de la derecha, puerta de entrada; á la derecha, en primer término, una ventana, por cuyos cristales sucios se transparenta el gris cielo de París. La parte de la izquierda está totalmente desamueblada á excepción de una bañadera, á cuyo lado hay un basto tajo de encina que sostiene un recado de escribír. Una plancha de madera rústicamente acepillada cubre el baño. Todo respira el aire nauseabundo que caracterizaba al corifeo del populacho francés. Esta habitación comunica con la de la derecha por una pequeña puerta practicable.

ESCENA PRIMERA

ALBERTINA y LORENZO

Sentados junto á una mesa, doblan periódicos.

LORENZO

¿Te parece que dejemos ya de doblar tanto papel impreso, ciudadana Catalina Evrard?

ALBERTINA

(*Dándole un golpe en la cabeza con un paquete de diarios.*) ¡Ta, ta! ¡Imbécil! ¿Qué es eso de llamarme Catalina Evrard?

LORENZO

(*Rascándose la cabeza.*) ¡Vaya un geniecito, zopenca! ¿Acaso no te llamabas Catalina?

ALBERTINA

Sí; pero ya sabes que desde el feliz día en que uní mi destino al del hombre hermoso que rige la suerte de Francia, me cambié de nombre porque así lo dispuso y quiso mi Juan Pablo.

LORENZO

No me convences...

ALBERTINA

(*Despreciativa.*) ¡Zafio!... El evolucionar es propio de los espíritus cultos y superiores. Me cambié de nombre por la misma razón que «El Publicista Parisiense» se llama ahora «El Amigo del Pueblo.» ¿Comprendes?

LORENZO

(Demostrando duda.) No, porque de ser así, también á mí me hubiese cambiado de nombre...

ALBERTINA

¿A ti, y para qué? ¿No comprendes que hacerlo sería injuriarte... ó mejor dicho, decirte una dolorosa verdad, puesto que sería preciso darte un nombre que equivaliera á bruto, á imbécil, á...

LORENZO

(*Dando un fuerte puñetazo en la mesa y haciendo caer los papeles.*) ¿Bruto yo? ¡Me traguen los demonios si no te estrangulo! ¿Imbécil yo? ¡Yo que me sé de memoria todos los capítulos de «Las cadenas de la esclavitud», de la «Profesión de fe de Marat»? ¿Imbécil yo, que tengo en la punta de los dedos, con puntos y comas, toda la inmensa obra «Del hombre ó de la influencia del alma y el cuerpo»?... ¿Imbécil yo, que...

ALBERTINA

(*Sarcástica.*) Ya que no imbécil, por lo me-

nos estúpido y fatuo, pues estoy segura de que, de todo lo que dices saber, no entiendes una millonésima parte de lo que mi ídolo ha querido decir...

LORENZO

(*Furioso.*) ¡Por vida de la República! ¡Me ciegas con tus animaladas! Mira, ciudadana: más nos conviene callar; ganaremos más con el silencio; me conozco y temo que con el calor se me vaya la lengua y entonces... ¡no serían palos los que te llevarías del ciudadano Marat, por falsa y arrastrada!

ALBERTINA

(*Furiosa, pónese en jarras.*) ¡Habrá hombre más indecente! Habla, di lo que quieras á Juan Pablo y verás cómo se vuelven las tortas!

LORENZO

¡El diablo cargue conmigo si te entiendo!

ALBERTINA

¡Bien te conoce tu compadre para hacer tal majadería! ¡Le servirías para desquiciarle su infernal feudo!

LORENZO

Bueno, como tú quieras, pero entendámonos. ¿Por qué me decías que si yo hablaba al ciudadano Marat revelándole las infidelidades de que tú le haces víctima, se volverían las tortas? Explícame, pues: ¡por la vida de los mil amantes que tuvo la Capeto, que no te entiendo!

ALBERTINA

¡Pedazo de animal!

LORENZO

¡Eh, eh, cuidado con los piropos!

ALBERTINA

¡Animal entero y otro pedazo más aún! ¿Quién eres tú para pretender con tus marrullerías y chismes hacer que mi Juan Pablo riña conmigo?

LORENZO

¿Que quién soy yo? ¿No lo estás viendo á diario? Como patriota, debo ser de lo mejor; así lo demuestra la preferencia con que

me distingue el ciudadano Marat. ¡Y como hombre, ¡no debo ser nada vulgar y despreciable! pues he merecido el honor de que la ciudadana Théroigne de Mericourt haya esgrimido una espada para así conquistar mi amor que ella creía compartir con una supuesta rival!...

ALBERTINA

(*Riendo á carcajadas.*) ¡Théroigne de Mericourt! ¡¡Valiente arrastrada está tu tal conquista!! ¿Sabrías decirme qué número haces tú entre el centenar de descamisados que han merecido las lascivias de ese pendón de turbas? ¡Cuenta, cuenta, haz memoria!

LORENZO

Y tú, grandísima bribona, ¿te has olvidado que entre la que era guardia suiza y sucia de los Capetos, no hay ningún marrano que no haya estado contigo lo menos veinte veces? ¡Tú, tú, que eres más *arrebatada* que una hembra de macho cabrío? ¿Te atreves á tildar á una ciudadana entusiasta, valiente y tan hermosa como lo es la gran Théroigne de Mericourt?

ALBERTINA

(*Con cinismo.*) Cada uno es lo que más le place y puede. Tú, traficas con tus convicciones políticas, y yo, con mi cuerpo! Tú, falseas un principio único é inconmovible, yo, cumplo con un precepto republicano y humano: hago que todos los ciudadanos liben en mis labios el néctar qne da la vida!...¡ Tú, haces correr torrentes de sangre; yo, torrentes de lujuria! ¡Tú, electrizas á las turbas con un borbotón de palabrotas que manan de tu bocaza; yo les doy aliento de gigante mostrándoles uno de estos globos blancos, ebúrneos, elásticos, uno de estos nidos del placer que es la vida! (*Sacúdese los pechos con frenesí.*)

LORENZO

Vamos, mujer..., cálmate y hablemos... (*Aproximándose.*) ¿Sabes que al oirte expresarte con tanto fuego, he sentido que por mis venas corría algo así como plomo derretido? Me dominas y subyugas... ¡Eres hermosa y hueles como aristócrata!...

ALBERTINA

¡Belitre, carroña inmunda, quieres burlarte de mí?...

LORENZO

¡No, hermosa mía, no me burlo... quiero...

ESCENA II

Dichos y PAPILLOT que entra trayendo un cubo con agua.

PAPILLOT

(*Dándose un encontronazo con Lorenzo.*) ¡Torpe, requetetorpe! ¿No me sentías entrar? Me has hecho verter la mitad del agua...

LORENZO

Discúlpame, no te sentí... Y después de todo, la cosa no vale la pena de que te lamentes; cualquiera diría, al oirte, que lo que has vertido es oro líquido!

PAPILLOT

¡Pues para mí lo es, sabes? ¡Y no estoy para subir escaleras, cargada como una burra!

ALBERTINA

¡Tienes razón, Papillot! ¡Este zopenco merece que le hagas salir los colores á la cara; duro con él!! (*Haciendo ademán de marcharse.*)

LORENZO

(*A Albertina.*) ¿Dónde vas? Y si pregunta por ti el ciudadano Marat, qué le digo?

ALBERTINA

(*Marchándose por la puerta del fondo.*) Le dices que me he marchado donde á ti no te importa. ¿Lo oyes?

ESCENA III

PAPILLOT y LORENZO

PAPILLOT

(*Dejando el cubo en el suelo.*) ¡De mal talante me pillas hoy, ciudadano Lorenzo!

LORENZO

(*Con sorna.*) ¿Hoy?... ¿Pero acaso existe el día en que lo tienes bueno?

PAPILLOT

(*Con enfado.*) ¿No has oído que las pulgas rebasan hoy mi coronilla?

LORENZO

¿Qué te ocurre?

PAPILLOT

Un disgusto muy grande: figúrate que al pasar por la Conserjería, me entero por la ciudadana Fipart, que una buena y querida amiga mía está gravemente enferma...

LORENZO

(*Burlón.*) ¡Pobrecilla!

PAPILLOT

(*Amenazadora.*) Perro, ¿te burlas? ¿Crees que mi amiga es alguna trapera desconocida?

LORENZO

¡Me figuro que no será alguna parienta del Capeto ni de la Austriaca!...

PAPILLOT

(*Despreciativa.*) ¡Tener yo esa *clase* de

amistades! ¿Por quién me has tomado? ¡Mi amiga es una ciudadana, con cuya amistad puede considerarse honrado el mismísimo Marat!...

LORENZO

¿Se puede saber quién es esa portentosa amiga que dispensa tan señalado honor?

PAPILLOT

Quizás, ó mejor dicho, la conoces si eres buen patriota.

LORENZO

¿Dudas de la bondad de mi patriotismo?

PAPILLOT

¡Si tal cosa pasase por mi mente, ya hubiese corrido á delatarte!

LORENZO

¡Mil gracias, mujer!

PAPILLOT

Mi amiga del alma es la gran Théroigne de Mericourt...

LORENZO

¡Théroigne de Mericourt?... ¿La conoces?...

PAPILLOT

¿Que si la conozco? ¡Más que la comadrona que la sacó al mundo! Somos amigas íntimas. ¡Yo estaba abrazada á ella cuando consiguió, con su célebre arenga, que el regimiento de Flandes fraternizase con el pueblo! ¡Y cuando la toma de la Bastilla, fuí yo quien entregó á Théroigne la bandera parisiense que ella plantó en una de las torres!

LORENZO

¿Pero es verdad todo lo que me cuentas?

PAPILLOT

¿Que si es verdad? ¡Pregúntaselo á ella misma, y también si lo quieres, al ciudadano Marat! ¡Fuí yo quien puso en las manos de mi buena Théroigne la pica con que ella hirió al Marqués de Launay cuando éste fué arrastrado desde la Bastilla al Hotel de Ville!

LORENZO

(*Incrédulo.*) Me parece tan raro todo lo que

me cuentas, ciudadana Papillot, que casi estoy por creer que todo éso ha sido un sueño tuyo!

PAPILLOT

¿Que es un sueño mi amistad con la ciudadana Théroigne?

LORENZO

No, ciudadana; no es tu amistad con ella lo que yo pongo en duda, sino tu pretendida colaboración en los principales hechos de la vida política de Théroigne...

PAPILLOT

Bueno, no lo creas, me importa poco lo que tú puedas pensar, no perderé por ello ni el sueño ni el apetito. Todo lo que he dicho es verdad, y también fuí yo quien indujo y dirigió la mano de la ciudadana Mericourt cuando ella disparó un pistoletazo al hipócrita La Fayette...

LORENZO

(Irónico.) Nada, ciudadana; me causas verdadera sorpresa con tus revelaciones...

PAPILLOT

Y no vayas á creer que mi colaboración se haya reducido únicamente á lo que has oído: aún hay más. ¿Has oído hablar de un discurso que pronunció en la Sociedad Fraternal de los Mínimos?

LORENZO

Sí; pero qué tienes tú que ver con ese discurso?

PAPILLOT

¿Que si qué tengo que ver? ¡Pues mucho más que tú! ¡Como que soy yo quien inspiró y gravó en el caletre de Théroigne aquellas palabras: ¡óyelas! «Armémosnos! La naturaleza y la Ley nos dan ese derecho. Mostremos á los hombres que no les somos inferiores, *ni en virtudes* ni en valor.» (*Lorenzo pretende interrumpirla, pero ella le da un fuerte cachete y le impone silencio.*) «Mostremos á la Europa que las francesas conocen sus derechos. Tiempo es de que las mujeres salgan de la vergonzosa nulidad en que la ignorancia, el orgullo y la injusticia de los

hombres las tiene sumidas desde hace tiempo.» (*Al terminar esta frase, entusiasmada hace una pirueta violenta que da por resultado que el cubo vierta todo su contenido.*)

LORENZO

(*Riendo.*) ¡Ahora sí que te has lucido! ¿No me reñías porque te había hecho verter unas cuantas gotas de tu cubo? ¿Y ahora qué me dices? ¡Tendrás que volver á bajar para traer más agua!

PAPILLOT

(*Malhumorada recoge el cubo.*) ¿Yo volver á bajar? ¡Pues no faltaba más! Al fin y al cabo, el ciudadano Marat no se dará cuenta de que al baño falta un cubo de agua templada; ¡ya traerá él bastante calor en el cuerpo para hacer hervir el agua!

ESCENA IV

Dichos y ALBERTINA que entra por la puerta del fondo.

ALBERTINA

(*A Papillot.*) Oye: ¿tú sabes quién es una ciudadana que ayer y hoy ha preguntado in-

sistentemente si podía hablar al ciudadano Juan Pablo?

PAPILLOT

¡Pues no es una novedad que una ciudadana pretenda hablar con tu amado Juan Pablo! Será alguna admiradora...

ALBERTINA

(*Amenazadora.*) No estoy para aguantar bromas de esta clase, bien lo sabes, Papillot... ¡No serían golpes los que yo daría á esa arrastrada, si tuviese la seguridad de que viene con intenciones de robarme el cariño de mi Juan Pablo!

LORENZO

(*Burlón.*) ¿Estás celosa, ciudadana Albertina?

ALBERTINA

(*Desdeñosa á Lorenzo.*) ¿A ti qué te importa?

PAPILLOT

(*A Albertina.*) Ciudadana: ya sé yo quién

es la que vino á preguntar por el ciudadano Marat...

ALBERTINA

(*Con interés.*) ¿Sabes quién es? ¿Cómo se llama?

PAPILLOT

Tanto no sé: pero sí me consta que la tal es joven, hermosa, y hasta podría asegurar que es normanda: se lo conocí en el acento...

ALBERTINA

¿Y cómo sabes tú tantos detalles de esa ciudadana?

PAPILLOT

Pues por la sencilla razón de que al salir yo con el agua me detuve un instante, para hablar con la ciudadana Fipart, y entonces se nos aproximó una joven, de las señas que te he dado, y nos preguntó á qué hora sería la más á propósito para hablar con el ciudadano Marat...

ALBERTINA

¿Y tú se la indicaste?

PAPILLOT

¡Claro está que sí! La dije que viniese á estas horas y que seguramente le encontraría.

ALBERTINA

(*Malhumorada.*) Has hecho mal en meterte en dar datos á esa joven...

PAPILLOT

La que hace mal eres tú, Albertina, al pretender secuestrar al ciudadano Marat cuando él debía ser visible como el sol, pero tú pretendes hacer de nublado, y esto no está bien, ni tienes derecho á hacerlo...

ALBERTINA

(*Amenazadora.*) ¡Muérdete la lengua, desarrapada, y no te metas á censurar mis actos! ¡Ea, vete á arreglar el baño y no vuelvas á verter agua en el piso; ea, vete!

PAPILLOT

(*Recogiendo el cubo y dirigiéndose al departamento del baño.*) ¡Me voy porque me da la gana! (*Entra en el sitio indicado y co-*

mienza á arreglar y limpiar. Al poco rato desaparece por la puertecilla practicable que hay en el muro.)

ESCENA V

ALBERTINA y LORENZO; luego EFRAIN que entra por el fondo.

LORENZO

(*Aproximándose á Albertina.*) Perdóname, Albertina, si antes te ofendí con mis palabras!...

ALBERTINA

(*Rechazándole.*) ¡Quita, necio! ¿Te figuras que las *ronchas* que me han levantado tus insultos, van á desaparecer con tus excusas? A mujeres como yo, Lorenzo, no se puede ofender impunemente, ¡tenlo entendido! y no pretendas insistir en pedirme una reconciliación que yo no deseo... Estás prevenido y... ¡vete al infierno!...

LORENZO

¡Iré gustoso al infierno, con tal que tú, con tus besos y caricias, me proveas de valor y

paciencia para la cruenta jornada... (*Arrojándose sobre Albertina, la estrecha entre sus brazos. En este instante, se presenta Efrain, que, al notar la actitud de Lorenzo, hace ademán de marcharse.*) ¡Entrad, entrad, ciudadano; no estorbáis...

EFRAIN

(*Entrando.*) ¡Como os vi tan *atareado*, creí prudente no interrumpiros!...

ALBERTINA

(*A Efrain.*) Si pretendes juzgarme por lo que hacía este ciudadano (*por Lorenzo*), irás muy lejos, pero...

EFRAIN

(*A Albertina.*) Yo no pretendo juzgar á nadie, ciudadana; venía á hablar con el ciudadano Marat, y la casualidad me hizo llegar en el justo instante en que este ciudadano te abrazaba...

ALBERTINA

En contra de mi voluntad, y si no que lo diga él, verdad, Lorenzo?

LORENZO

(*A Efrain.*) Sí, es verdad; yo pretendía abrazarla para reconciliarme, pero...

ALBERTINA

(*A Efrain.*) Para qué deseas hablar al ciudanano Marat?

EFRAIN

(*A Albertina.*) *Quiero* hablarle de cierta persona...

ALBERTINA

Noto que tienes el descaro de decir *quiero* hablarle, como si ello dependiese únicamente de tu voluntad y capricho.

EFRAIN

Repito, ciudadana, que *quiero* hablarle y lo haré!

ALBERTINA

(*Furiosa.*) ¿Quién te figuras que soy yo, currutaco atrevido?

LORENZO

(*A Efrain.*) Esta ciudadana es la esposa del ciudadano Marat: es Albertina Marat...

EFRAIN

(*A Lorenzo.*) ¿Albertina Marat? ¡Ah, ya! Entonces, esta ciudadana es la famosa querida, amante ó manceba de Marat?

ALBERTINA

(*A Efrain.*) Como note en tus palabras intenciones de mortificarme, cuenta con que te arranco la espada que llevas al cinto y te cruzo la cara.

EFRAIN

(*Indignado, dando un paso hacia ella.*) ¿A mí? ¡Inténtalo!

LORENZO

(*Interponièndose entre ambos; á Efrain.*) ¡Calma, ciudadano, y di para qué deseas hablar al ciudadano Marat!

EFRAIN

(*A Lorenzo.*) Soy ayudante del comandante Santerre y vengo del Temple para hablar con Marat.

ALBERTINA

(*Deponiendo su enojo.*) ¿Te manda el cer-

vecero para que hables con mi Juan Pablo? ¡Pues haberlo dicho antes!

LORENZO

¡Naturalmente, ciudadano, y así te hubieras ahorrado disgustos!

ALBERTINA

(*A Efrain.*) ¿Y qué, ciudadano ayudante; ¿marcha el proceso de los Capetos?

EFRAIN

Sí, marcha. (*Aparte.*) Por desgracia, muy aceleradamente.

ALBERTINA

Oye, dime: ¿la Austriaca está muy abatida, verdad? Yo he instigado á unos buenos patriotas para que en el proceso carguen la mano sobre los amores de ella con el de Artois.

LORENZO

Bien hecho, Albertina: yo también he fomentado la idea de sacar á relucir las relaciones antifísicas de la Capeto con la de

Saint-Maigrin, con la de la Cossé, de la Mailly, de la de Lamballe, de la Polignac, con la de la Motte y...

EFRAIN

(*Indignado.*) Y yo os digo á los dos, pareja de bribones, que todo lo que habéis dicho y hecho, son calumnias infames y canallescas. ¡Esa reina tan desgraciada como bella, y que insultáis tan cobardemente, es una gran señora y una santa madre, que no cometió otro delito que el de haber tenido la desdichada suerte de nacer hermosa y de ser reina de esta desventurada Francia! (*Albertina y Lorenzo intentan arrojarse sobre Efrain, pero éste, ganando la puerta del fondo, desenvaina la espada y les hace retroceder.*) ¡Atrás, canallas, asesinos, cobardes!... ¡En cuanto llegue el asqueroso bandido de Marat, decidle que yo, Efrain de Polignac, he venido para prevenirle que si atenta contra la vida sagrada de mi augusta señora, habrá más de un millar de nobles brazos que salven á ella, y que, en cambio caigan sobre él para acribillarle á estocadas! (*Albertina y*

Lorenzo, furiosos, intentan atacarle, pero siempre que van á hacerlo, son detenidos por la punta de la espada que Efrain esgrime diestra y velozmente.)

ALBERTINA

¡Perro aristócrata, bandido! (*Cogiendo un montón de diarios, los arroja sobre Efrain, avanzando á la vez rápidamente, pero retrocede, dando un grito de dolor, pues Efrain la pincha en un hombro.*)

EFRAIN

¿Te ha dolido, eh? Pues si no te calmas, apretaré más la mano. ¡Quedad con el diablo! (*Márchase por la puerta del fondo. Lorenzo y Albertina pretenden perseguirle por dos veces, pero siempre que lo hacen, retroceden gritando furiosa y doloridamente.*)

ESCENA VI

ALBERTINA, LORENZO y luego PAPILLOT

ALBERTINA

¡La culpa la tienes tú por cobarde, gallina! ¡Si yo llevara pantalones, no se hubiera atre-

vido el mamarracho aristócrata á descararse de la manera que lo ha hecho!

LORENZO

(*Desconcertado.*) ¿Pero qué querías que hiciese yo?

ALBERTINA

(*Con furia.*) ¿Y lo preguntas? ¿Y aún pretendes llamarte hombre? ¿No se te cae la cara de vergüenza antes que tener la desfachatez de preguntarme qué podías haber hecho? ¡¡Cobarde!!

LORENZO

¿Pero no comprendes que yo no pude hacer más de lo que intenté?...

ALBERTINA

¡No eres hombre, Lorenzo, pues si no el aristócrata no se hubiese marchado sin que antes le retorcieras el pescuezo como á un pollo! ¡Eso lo hubiese hecho un hombre de verdad, pero no tú!

LORENZO

(*Con ademán amenazador.*) ¡Cállate, ciu-

dadana, y no sigas tentando mi paciencia; estoy ya harto de aguantarte!!

ALBERTINA

¡Borrico, cobarde; ahora vienes queriendo alardear conmigo de hombre templado? ¡Ah, qué lástima de pantalones!...

LORENZO

¡Para lástima la que va á inspirar tu cara con los golpes que te voy á dar!

ALBERTINA

(*Amenazadora.*) ¡Atrévete!... ¡Fierabrás de faldas! ¡Pega, pega si te atreves!... (*Estas palabras más que dichas las grita haciendo descompuestos ademanes.*)

PAPILLOT

(*Entrando precipitadamente se interpone entre ellos.*) ¡Eh, ciudadano Lorenzo: te has vuelto loco? ¿Has bebido?

ALBERTINA

¡Déjalo, mujer de los demonios, déjalo que se atreva á ponerme la mano encima...

LORENZO

(*A Albertina.*) ¡Te pondré la mano y hasta el pie encima de los pinchazos que te ha dado el aristócrata lechuguino!...

ALBERTINA

(*Luchando para desasirse de Papillot que la sujeta.*) ¡¡Déjame, déjame que le arranque la lengua!! ¡¡Déjame que le arranque los ojos á este bribón!!

LORENZO

¡¡Bruja!!... ¡¡Bruja!!... (*Albertina consigue librarse de Papillot y se lanza sobre Lorenzo, pero éste, dando un salto, se refugia en la habitación del baño, cerrando la puertecilla. Ella, furiosa, golpea fuertemente la puerta.*)

ALBERTINA

¡Abre, marrano; abre y verás lo que te hago!...

LORENZO

(*Burlón.*) Sí, sí... ¡Espera sentada!... Lo haré cuando te haya pasado el ardor de la marca del aristócrata!...

PAPILLOT

(*A Albertina.*) Oye: ¿de qué marca de aristócrata habla este sinvergüenza?...

ALBERTINA

No sé, déjame en paz... ¡Vete á la calle á averiguar chismes!... ¡Márchate!...

PAPILLOT

¡Bueno, bueno, me marcho... ¡pero demonio con el geniecito que gastas desde que sabes la noticia de la hermosa normanda!...

ALBERTINA

(*Dándola un empellón.*) ¡Fuera, fuera, estúpida!...

PAPILLOT

(*Marchándose por la puerta del fondo.*) ¡Ojalá te parta un rayo, mala víbora! (*Haciendo una mueca de burla, desaparece.*)

ALBERTINA

(*Rabiosa, golpeando con ímpetu la puerta*

que la separa de Lorenzo.) ¡Abre, canalla, asqueroso!

ESCENA VII

Dichos, MARAT y Mr. PETERS que entran por la puerta del fondo.

MARAT

(*Extrañando la actitud de Albertina.*) ¡Eh, Albertina, qué haces? ¿Para qué golpeas esa puerta?

ALBERTINA

(*Que hasta entonces no ha reparado en la llegada de ellos.*) ¡Ah, eres tú, Juan Pablo? Llegas muy oportunamente...

MARAT

Bueno; ¿pero qué fin llevas al aporrear esa puerta? Estás trémula... pálida... ¿te sientes mal?

ALBERTINA

Es la indignación, Juan Pablo, la indignación... Me ahogo...

MARAT

¿Pero qué ocurre?

ALBERTINA

El granuja de Lorenzo, ese pillo desatado! ¡Malhaya la hora en que nació!...

MARAT

(*Imperativo.*) Y tú, estúpida: ¿qué quieres decir con todo eso? ¡Que Lorenzo es un bribón?... ¡Pues no me cuentas una novedad; hace tiempo que yo lo sabía, así como también que tú le igualas en bribonería!

ALBERTINA

(*Humillándose.*) ¡Juan Pablo!...

MARAT

¡Nada; lo dicho, dicho está! ¡Ni tú tienes nada que envidiarle ni él á ti! ¡Formáis una parejita como no creo haya otra en el mundo! Vamos, di: ¿dónde está ese bribón de Lorenzo?

ALBERTINA

No te molestes conmigo, Juan Pablo... Yo no te he dado motivo...

MARAT

(*Con aspereza.*) No te pregunto eso: hablo de Lorenzo; ¿qué es de él?

ALBERTINA

(*Indicando la puerta.*) Está ahí dentro... Reñí con él y por eso se ocultó...

MARAT

¡Perra, reñiste con él? ¡Esa es otra costumbre tuya, que ya me tiene harto! ¿Te has figurado que yo, el primer ciudadano de Francia, tengo mi casa para que tú y ese imbécil de Lorenzo, la tomen por un reñidero?

ALBERTINA

¡Pero Juan Pablo... si yo reñí con él fué esta vez muy justamente: Lorenzo permitió que te insultasen, ¡á ti!, á mí, á la República...

MARAT

¡Cállate, majadera; ¿te figuras vas á hacerme creer que alguien se haya atrevido á insultar á la República y á mí?...

ALBERTINA

(*Vehemente.*) ¡Sí, Juan Pablo; ese alguien existe, y al insultarte, lo ha hecho aquí, ¡en

tu propia casa! en mis narices y en las barbas del calzonazos de Lorenzo!...

MARAT

(*Soɪprendido.*) ¿Estás loca?... ¿Sabes lo que estás diciendo?

ALBERTINA

No estoy loca, Juan Pablo, estoy en todos mis sentidos; ¡te han insultado malamente yo dony pue hacer más de lo que intenté!...

MARAT

(*Amenazadoɪ.*) ¿Y quién ha sido el temerario que se ha atrevido á condenarse de esa manera?...

ALBERTINA

¡Oh, lo recuerdo perfectamente; dijo llamarse no sé cuantos de Polignac...

MARAT

¡Ah, ya sé quién es: Efrain de Polignac; sí, es el mismo... ¡Pero pierde cuidado que

ya no tendrá más esos desplantes; ya está meditando á la sombra de un calabozo del Temple y antes de veinticuaro horas habrá trabado estrecha amistad con maese Sansón!

ALBERTINA

(*Con júbilo.*) ¡Bendita sea tu boca, Juan Pablo de mi alma! ¡Me das un gran alegrón con la noticia! ¡Sólo falta que trates de activar la marcha del proceso de ese aristócrata, para que la sentencia sea un hecho en la mayor brevedad...

MARAT

Pierde cuidado: no necesito me exhortes para hacerlo. Bastante ha danzado ese pedantón currutaco para que ahora vaya yo á caer en la imbecilidad de retardar su ejecución... (*Dando una fuerte patada en la puerta del cuarto en que está Lorenzo.*) ¡Eh, bergante! ¡Abre la puerta! ¡En el acto! (*Repitiendo los golpes.*) ¿No has oído? ¡Bribón, abre en seguida!

ESCENA VIII

Dichos y LORENZO

LORENZO

(*Abriendo la puerta. Humildemente, á Marat.*) ¡Perdón, ciudadano; no había oído que me llamabas y por eso tardé en abrir...

MARAT

¡Tunante: me dan tentaciones de arrancarte las orejas!...

LORENZO

¡Perdón, ciudadano...

MARAT

(*A Lorenzo y á Albertina.*) ¡Que sea la última vez que me entere de que en mi ausencia hay escándalo en mi casa! ¡Mucho cuidado, eh?

ALBERTINA

No temas, Juan Pablo: yo no volveré á darte motivo para que te enfades...

LORENZO

¡Ni yo, ciudadano!

MARAT

En vuestro interés está el hacerlo. Tú, Lorenzo, vete á casa de Santerre y dile que no olvide la recomendación que le hice respecto de la familia Capeto. Y tú, Albertina, prepárame la tisana... (*Lorenzo se marcha por la pueıta del fondo y Albertina por la que comunica con el depaıtamento del baño.*)

ESCENA IX

MARAT y PETERS; al final ALBERTINA

MARAT

(*Sentándose.*) Sentáos, ciudadano Peters...

Mr. PETERS

(*Sentándose.*) Entonces, ciudadano Marat, qnedamos en que yo debo regresar inmediatamente á Caën y esperar allí lo que ordenéis.

MARAT

Sí, quiero que partáis en el acto, sin demora alguna y que una vez en Caën deis principio á las investigaciones que tanto me

interesan, por ir envueltas en ellas la solución del problema intrincado de la seguridad de Francia...

Mr. PETERS

Comprendo, y podéis estar seguro de que si el buen éxito de mi gestión estriba en mi actividad y discreción, está ya conseguido, pues yo no me daré reposo, y ya sabéis que cuando yo me propongo una cosa, la consigo...

MARAT

(*Irónico.*) No siempre, ciudadano, no siempre! ¡Aún no he olvidado que no me habéis podido entregar la famosa lista que dejásteis escapar de las manos de Pontécoulant...

Mr. PETERS

(Despechado.) No fué culpa mía, ciudadano; si se malogró la empresa, no fué por mí, sino por causa del imbécil Patricio y del cretino Representante de la Asamblea, que por andarse con miramientos hizo fracasar toda mi labor...

MARAT

Ahora no podréis achacar á nadie si fracasáis, pues vais investido de todas las facultades de un Representante oficial.

Mr. PETERS

Ciertamente, y por eso yo os pedí tan insistentemente en el asunto anterior que me confiriérais las atribuciones que ahora me concedéis...

MARAT

(*Poniéndose de pie.*) Bueno, ciudadano Peters; ya es hora que vayáis á hacer vuestros preparativos de marcha. Y no olvidéis que no quiero, ¡oidlo bien! *no quiero* que en esta empresa vengáis á darme cuenta de un fracaso...

Mr. PETERS

(*Que se habrá puesto de pie al mismo tiempo que Marat.*) No hay cuidado suceda tal cosa; podéis esperar tranquilo y os respondo que tendremos éxito...

MARAT

Es imprescindiblemente necesario sea así.

La misión que lleváis está tan íntimamente ligada al proceso de la Capeto, que para apresurar éste, *necesito y exijo* la rápida ejecución de lo que os confío.

Mr. PETERS

No será por mí por lo que demore la terminación de ese proceso, ¡lo aseguro!

MARAT

(*Tendiendo la mano á Peters.*) ¡Ea, en marcha, ciudadano, y buena suerte!

Mr. PETERS

(*Estrechando la mano de Marat.*) ¡Hasta la vuelta! Pronto tendréis noticias mías. (*Peters se dirige hacia la puerta del fondo, y al llegar al dintel saluda con la mano á Marat y se marcha.*)

ALBERTINA

(*Trayendo un tazón entra por la puerta que se marchó.*) Aquí tienes, Juan Pablo, la tisana; está muy bien preparada, bébetela de prisa...

MARAT

(*Cogiendo el tazón bebe.*) Anda, prepárame el baño...

ALBERTINA

Voy...

MARAT

¿Qué esperas?

ALBERTINA

(*Humildemente.*) Voy, Juan Pablo...

MARAT

(*Impaciente*) ¿Pero no oyes que te mando vayas á prepararme el baño?

ALBERTINA

Sí, querido mío, voy; pero quiero antes prevenirte que quizás venga ahora una joven que con mucha insistencia quiere verte...

MARAT

¿Y qué?...

ALBERTINA

Que no debes recibir á esa mujer, Juan Pablo, ¡no la recibas!

MARAT

¿Que no la reciba? ¿Y por qué? ¿Porque á ti no te da la gana? ¿Porque tienes celos? ¡¡Ridícula!!

ALBERTINA

(Suplicante.) Juan Pablo, no es por nada de lo que tú crees, no, no, no es por eso, es porque temo que esa joven pueda hacerte traición, hacerte mal!

MARAT

¿A mí? ¿Hacerme mal? ¡Eres imbécil! Te imaginas que yo ¡amo de Francia! deje de recibir á esa joven por temor? ¡No faltaba más! Entiéndelo: ¡á mí no me hace daño nadie! ¡no ha nacido la criatura humana que pueda intimidarme! Inmediatamente que llegue esa ciudadana la haces pasar, lo oyes?

ALBERTINA

¡Juan Pablo!...

MARAT

¡Vete al demonio, majadera! (*Accionando descompuestamente, Marat se marcha por la*

puerta que da al baño. Albertina llevándose el pañuelo á los ojos se aproxima á la ventana y parece abstraida. Marat que ha penetrado en las habitaciones interiores reaparece envuelto en amplia y obscura bata. Se ciñe la cabeza con una toalla. Cogiendo el biombo lo coloca de manera que el público no puede verlo y una vez en el baño llama en voz alta.)

MARAT

¡Albertina, Albertina!...

ALBERTINA

(*Acudiendo rápidamente.*) ¿Qué deseas, Juan Pablo?

MARAT

Retira este biombo y pon un poco de tinta en el tintero. (*Albertina ejecuta lo que se le ordena.*) Ahora, vete, Albertina, y espera á que te llame; y si vienen á verme haces pasar aquí al que sea.

ALBERTINA

(*Marchándose.*) Está bien, Juan Pablo. (*Marat principia á escribir con gran interés.*)

ESCENA X

Dichos, PAPILLOT y LORENZO

PAPILLOT y LORENZO entran por la puerta del fondo trayendo paquetes de periódicos.

LORENZO

(*A Albertina.*) ¿El ciudadano Marat ha salido?

ALBERTINA

No, está en el baño. ¿Qué quieres?

LORENZO

El ciudadano Santerre me ha entregado para él estos ejemplares de diarios extranjeros. (*Coloca en una silla los diarios.*)

PAPILLOT

Estos que traigo yo me los ha entregado la ciudadana Fipart, y esta carta, que dejó la normandita, para que se la entreguen al ciudadano Marat...

ALBERTINA

(*Tratando de arrebatar la carta á Papillot.*) ¡Trae, dámela; se la entregaré yo!

PAPILLOT

(*Esquivando á Albertina.*) No, no te lo entregaré á ti...

ALBERTINA

¡Entrégame esa carta, granuja!

PAPILLOT

¡No quiero, no me da la gana! Y... ¡menos insultos, eh?

ALBERTINA

¡Venga la carta!

PAPILLOT

(*En voz alta.*) ¡He dicho que no me da la gana, lo oyes?

MARAT

(*Alto.*) ¡Silencio, tunantes, antes que salga á haceros callar!

PAPILLOT

(*Aproximándose á la puerta del baño.*) Ciudadano Marat: La Fipart me ha entregado una carta para ti, y Albertina chilla porque no quiero entregársela á ella.

MARAT

Entrégame la carta; entra...

PAPILLOT

(*Aproximándose á Marat.*) Toma, esta es...

MARAT

(*Cogiendo la carta.*) Bueno, vete con Lorenzo y Albertina. (*Papillot vuelve al lado de Lorenzo y Albertina y los tres comienzan á desdoblar periódicos. Marat leyendo en voz alta.*) (1) «Os he escrito esta mañana, Marat; ¿habéis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que me concederéis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los másimportantes secretos para la salvación de la República. Soy á mas perseguida por la causa de la libertad; soy desgraciaday este título es suficiente para tener derecho á vuestra protección. (*Tirando el papel sobre la plancha de madera.*) ¿Quién será esta mujer? Sea quien fuere debo recibirla para saber qué es lo que tiene que decirme. (*Alto.*) ¡Albertina!

---

(1) *Carta histórica.*

ALBERTINA

(*Corriendo al lado de Marat.*) ¿Que deseas Juan Pablo?

MARAT

Mira, otra vez que haya cartas para mí, guárdate muy bien de intentar leerlas; no tienes por qué tomarte tamaña atribución, ni yo estoy dispuesto á consentirlo.

ALBERTINA

Perdóname, Juan Pablo, pero si yo lo intenté fué porque me figuraba que así te evitaría un disgusto...

MARAT

Nada, ya lo sabes, no quiero que bajo ningún pretexto te inmiscuyas en mis actos...

ALBERTINA

Bueno, Juan Pablo, no lo haré más...

MARAT

Vete, déjame... (*Albertina vuelve al lado de Papillot y Lorenzo.*)

ESCENA XI

Dichos y CARLOTA CORDAY

Carlota aparece por la puerta del fondo deteniéndose indecisa en el quicio. Al final, gente del pueblo.

PAPILLOT

(*Aparte á Albeitina.*) ¡Ahí tienes á la normandita, Albertina...

ALBERTINA

(*Deteniendo á Corlota.*) ¿Qué deseas ciudadana? ¿Por qué entras sin pedir permiso?

CARLOTA

(*Soipiendida.*) Perdonad, ciudadana, si no pedí permiso para entrar, pero estoy aturdida...

ALBERTINA

(*Con agresividad.*) ¿Qué buscas?...

CARLOTA

(*Con bondad.*) Deseo ver al ciudadano Marat para hablarle...

ALBERTINA

¿Para qué?

CARLOTA

(*Con firmeza.*) Es al ciudadano Marat á quien yo busco, y perdonad si insisto, pero sólo á él puedo decir los asuntos que me traen.

ALBERTINA

(*Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.*) Ven ciudadana, sal un instante conmigo y me dirás lo que deseas...

PAPILLOT

(*Alto.*) ¿Pero te has olvidado, Albertina, lo que te ordenó el ciudadano Marat?

ALBERTINA

¡Cállate, imbécil!...

PAPILLOT

(*Gritando intencionadamente.*) ¡No me da la gana, óyelo bien, no quiero! ¡Y yo le diré al ciudadano Marat que tú le desobedeces!

MARAT

(*Encolerizado.*) ¡Por vida de los demonios!

¿Qué significa esa gritería? ¡Albertina, perra, bruja, quién grita?

PAPILLOT

(*Aproximándose á la puerta del cuarto del baño.*) Ciudadano Marat: Albertina me insulta porque yo la advierto que tú ordenaste que en cuanto llegase la joven que desea hablarte se la hiciese pasar...

MARAT

¿Ha venido esa ciudadana?

PAPILLOT

Sí, ciudadano, está aquí.

MARAT

Que pase inmediatamente...

PAPILLOT

(*A Carlota.*) Ya lo oyes, ciudadana: pasa. (*Carlota, con ademán resuelto, penetra en el cuarto de baño. Albertina, Papillot y Lorenzo se agrupan junto á la puerta.*)

MARAT

¿Eres tú la que me escribió esta carta (*enseñándosela.*)

CARLOTA

Sí, ciudadano, fuí yo, y ya desesperaba poder hablaros...

MARAT

¿Qué revelaciones tienes que hacerme?

CARLOTA

Antes de hacerlas permitid que os pregunte si sabéis quién soy yo.

MARAT

No lo sé, no había firma en tu carta.

CARLOTA

Me llamo Carlota de Corday d'Armont y vengo de Caen...

MARAT

Bueno, ¿y qué?...

CARLOTA

(*Desconcertada.*) Creí que mi nombre os diría algo...

MARAT

(Sarcástico.) ¿Tu nombre? No veo ni me dice otra cosa, sino que tiene alguna partícula que en estos días conviene no lucirla...

CARLOTA

Soy la novia del diputado Doulcet de Pontécoulant...

MARAT

(*Con sorna.*) ¿Y vienes á pedirme su libertad?

CARLOTA

No, ni siquiera he pensado tal cosa. Estoy convencida de que todo lo que habéis ordenado se haga, bien hecho está, puesto que ha sido para bien de la Francia y de la República, y entendiéndolo así, vengo á daros algo que habéis buscado con desesperado afán...

MARAT

(*Con ansiedad.*) Habla...

CARLOTA

Sabréis que cuando se arrestó al ciudada-

no Pontécoulant, vuestros agentes trataron de encontrar entre sus papeles uno, en que se daba amplia referencia de los nombres de ciertos conjurados que se proponían acabar con vuestro poder; pues bien: ese papel desapareció para venir á parar á mis manos...

MARAT

(*Con alegría.*) ¿Lo tienes tú?

CARLOTA

Sí y no...

MARAT

(*Sorprendido.*) ¿Cómo, qué quieres decir?

CARLOTA

El original de esa lista no le tengo yo, ni nadie; fué destruído por el fuego; pero antes, leí con profunda atención hasta grabarlos en mi memoria, todos los nombres.

MARAT

Principia á nombrarlos para que yo los anote. (*Coge la pluma y se dispone á escribir. En el cuarto de al lado, por la puerta del fondo, entra un grupo de gente del pueblo.*)

LORENZO

¡Ea, ciudadanos: no metáis ruido, y mientras llega el instante de que podáis hablar al ciudadano Marat, quiero que todos ayuden á dejar plegados estos diarios. (*Parte de ellos lo hacen, pero los más forman grupos fingiendo que hablan en voz baja.*)

CARLOTA

Antes, permitid, ciudadano, que os haga una pregunta...

MARAT

Hazla.

CARLOTA

Me figuro que los ciudadanos que yo os indique serán ejecutados, verdad?

MARAT

¡Naturalmente! ¡Quién lo duda?

CARLOTA

(Con decisión, y á la vez con sumo sigilo, saca de su pecho un puñal que oculta entre los

pliegues de la pañoleta que la cubre el busto.) Bien, ciudadano: escribid los nombres que voy á dictaros...

MARAT

(*Disponiéndose á escribir.*) Espero...

CARLOTA

¡El primero es Marat!

MARAT

(*Estupefacto.*) ¡Eh, qué dices?

CARLOTA

(*Aprovechando el segundo de indecisión de Marat se arroja sobre él, hundiéndole el puñal hasta el mango en el corazón.*) ¡¡Por Francia, por la Gironda, por Doulcet!

MARAT

(*Lanza un grito de dolor.*) (*Agonizante.*) ¡Socorro!... socorro! ¡á mí!... (*Muere.) (Albertina, Lorenzo y Papillot se precipitan en la habitación seguidos del grupo del pueblo. Alber-*

tina al ver el cadaver lanza desgarradores alaridos y abrazándose á él intenta reanimarle. Lorenzo, Papillot y el populacho se arrojan sobre Carlota que erguida les mira altanera y la maltratan.

TELÒN RÁPIDO

Tucumán - Madrid.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA «CASA VIDAL»
ATOCHA 98, MADRID,
EL DIA 1.º DE AGOSTO
DE MCMXI



OBRAS DE RAFAEL PADILLA

PUBLICADAS

LA PENA CAPITAL (drama).
LEONOR (drama).
ESPAÑA ACTUAL (estudios).
INCÓGNITA (drama con prólogo de Salvador Rueda).
SANGRE ARGENTINA (artículos).
CARLOTA CORDAY (drama en cuatro actos con prólogo de Francisco Villaespesa).
ELENA (novela argentina).

EN PREPARACIÓN

ABRAHAM LINCOLN (drama en cuatro actos).
JUSTICIA (drama en cuatro actos).
NAPOLEÓN EN SANTA ELENA (novela).

EN PRENSA

TRADUCCIONES DE CARLOTA CORDAY

Al francés, por Charles Barthez.

Al italiano, por Giuseppe Guerra, redactor de *Il Giornale d'Italia*, Roma.